



F. J. Falquez Ampuero

Lujo de Pobre

Artículos literarios

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 40013 * (16)	2009
PRECIO.....	DONACION.....

Ficha # 14.360

QUITO

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

1908

Carta-prólogo

Quito, Junio 5 de 1908.

Sr. D. Francisco J. Falquez Ampuero.

Ciudad.

Mi estimado señor y amigo:

Juntamente con el libro inédito de Ud., aún en borradores, intitulado «Lujo de Pobres», recibí las atentas líneas de Ud., en que se sirve pedirme una Carta-Prólogo, para el dicho libro.

Hace algún tiempo que colgué mi péñola literaria,—justamente desde que me enfrasqué en la prosa administrativa, la cual anda reñida con la bella literatura, acaso por razones de incompatibilidad ó incongruencia. Con ocasión de esta Carta-

Prólogo, descuelgo ahora la tal péñola; pero, está tomada de orín, el cual, Ud. lo sabe, no es ni oro en diminutivo, sino herrumbre. No sé si la tinta de anilina, que tengo en mi escribanía, desgaste con sus ácidos corrosivos el orín de mi péñola, ó se coma uno y otra. Dénme tiempo la pluma y la tinta, y no riñan de incompatibilidad, y acábase y salga como Dios quiera, esta Carta-Prólogo, aunque trasciendan de ella el orín y la anilina azul de la pluma y de la tinta.

Bien sabe Ud. lo que decía Cervantes de los prólogos:—algo semejante á lo que escribió don Diego Hurtado de Mendoza, acerca de la opinión de las multitudes. Tengo para mí, que los prólogos y las opiniones, no hacen mejores ni peores las obras que éstos apadrinan ó comentan; y en cuanto á la crítica literaria, . . . mejor es no menecallo. Sólo que lo del prólogo es lujo del cual puede prescindir el autor: no así de las opiniones, que, velis nolis, se nos vienen encima de la plurilingüe boca de ese gran señor anónimo, el público, de quien dijo Larrá tantas verdades y tan lindas cosas.

Una Carta-Prólogo tiene más be-moles y sostenidos que un prólogo mondo y lirondo. Lo curioso es que

Ud., que ha hecho del género carta y de sus especies, motivo de donosa y aguda crítica, me pida á mí una Carta-Prólogo, especie acerca de la cual se pueden escribir muchas cuartillas de regocijada risa, picante é inofensiva.

«*Lujo de Pobre*»:—tal es el nombre de pila del corrongo librito inédito de *Ud.*, el cual nene,—á quien *Ud.* mismo, y con autoridad de padre, ha bautizado, con el agua del Jordán y la sal de la prudencia,—traje, en su propio nombre, la mejor carta de recomendación;—la modestia,—esto es, la legítima y verdadera, no la con uñas,—tema familiar de la risa sarcástica de *Llona*.

«*Lujo de Pobre*» suele ser el de quien, desheredado de la fortuna, pero rico de inteligencia y dueño del sentimiento y de la palabra mágica del arte, pinta, esculpe ó canta la belleza, en clara y bruñida prosa ó en rotundo y numeroso verso. Bien puede darse *Ud.* ese lujo de pobre, mi buen amigo:—*Ud.*, laborioso joven; *Ud.*, que trajo á la vida estos dones preciosos de la naturaleza,—*Luz y Estro* en el entendimiento y en el corazón.

Bien está que *Ud.*, que conoce y mide sus fuerzas, las enseje en ese difícil, pero bello y fecundo género: el artículo literario, ya sea

VI

crítico, filosófico, narrativo, descriptivo ó dramático:—gloria de Addison, de Macaulay, de Baudelaire, de Gautier, de Boccaccio, de Monti, de d' Amicis, de don Francisco de Quevedo, de don Alberto Lista, de don Mariano José de Larra, de don Juan Valera, de don Juan Montalvo, y de tantos otros geniales y doctos escritores antiguos y modernos, que Ud. sabe.

De cómo se ha desempeñado Ud. en la ardua tarea de este ensayo de lujo de pobre, que Ud. mismo se ha impuesto, ya debe de saberlo Ud., de su propio íntimo criterio, ó ya lo sabrá Ud., de boca del público discreto, público aparte que juzga con imparcialidad y acierto, y habla poco y bien.

¿Mi opinión? . . . es una opinión; pero, si Ud. la quiere, allá vá, sin ambages ni rodeos:—que, tiene Ud. la materia prima, talento y aptitudes para el oficio, y que con buena lectura, estudio de los maestros del arte en la substancia y en el estilo, labor, perseverancia, y calma y serenidad, puede Ud. llegar á escribir artículos mejores, más bellos y cabales, que María Duplessis y Pleno Cielo,—Alpha y Omega de «Lujo de Pobre».

Ya sabe Ud. que el Cielo, el Azur de Victor Hugo, es el infinito abier-

VII

to á los cuatro vientos del *Espíritu*: y que *María Duplessis*, es en su género, la creación más bella, más viva, más real, más simpática, más espiritual, más virtuosa, de la mente excelsa del poeta. Es la garza blanca simbólica, que cae en el pantano y no se enloda; surge de él, nítida y pulcra, y bate su plumón immaculado y sube y se remonta á los cielos, á transformarse en una de esas nubecillas nacaradas color de rosa y de forma de querubín, que adoran desde el firmamento la muerte gloriosa del Sol: La Dama de las Camelias, pasó, de la novela del autor glorioso, de «*L'Affaire Clemancean*» á la ópera, al drama, á la historia, al corazón y á la memoria de las muchedumbres, y pasará á la tradición con el ropaje encantador de la leyenda:—Y está en el cielo. Es el don Juan hembra, redimido por el amor. La pluma de la cual salga un rayo de luz nueva, para el nimbo que corona la cabeza de esa fémica inmortal, diosa de la literatura francesa, es pluma de oro y diamante, digna de estar en el remo del águila del pensamiento, que boga en el Azur.

He allí un modelo, para el talento y las aptitudes de Ud.: manos á la obra: en materia literaria no hay imposibles para quien puede y quiere: la novedad bella es el quid. Lo

VIII

malo es que, aquí, no se saca de Éllo ni el capital. ¿Tiene Ud. vocación? pues, lárguese de aquí, y carga Ud., allá, en París ó en Madrid, donde el verbo se ha hecho hombre en las bienaventuradas personas de Rubén Darío, José Santos Chocano y Enrique Gómez Carrillo.

No le desea á Ud. menos éxito de pesetas y gloria, su atento amigo y servidor, que tan sinceramente le estima,

César Borja



MARIA DUPLESSIS

LA Dama de las Camelias, tipo idealizado por la brillante imaginación de Alejandro Dumas hijo, se llamaba la señorita María Duplessis.

MARÍA, si hay necesidad de insistir en ello, era una cortesana, una de aquellas criaturas, que parecen destinadas por una providencia inclemente á llevar consigo la turbación y el vértigo, á causar en el mundo grandes desórdenes de pasión.

No pretendo herir con mano despiadada las debilidades de este risueño pero desgraciado ser, de quien el generoso Acuña hubiera dicho:

Era una flor hermosa
Que envidiaban las aves y las flores;
mi deseo sólo es hacer su boceto,
delinear su figura apasionada
y simpática, y nada más.

ESTE ángel sensual había nacido para encadenar las voluntades, para poetizar el amor libre. En la Opera, en los Italianos, en el Bosque, en los Campos Elíseos, en todos los sitios del placer de la gran Capital, paseaba María su belleza romántica de *virgen á medias*, sus caprichos, su fiebre; en donde quiera que iba, llamaba la atención pública su frágil y pálida cara de grandes ojos negros sin inocencia, únicos denunciadores de que en ese cuerpo adorable había un corazón ávido de goces y de néctares envenenados. En efecto, era difícil olvidarlas des-

pués de haberlas contemplado aquellas facciones delicadas y atractivas, que tenían algo de infantil y piadoso en medio de la movilidad convulsiva que les prestaba el vicio. Esta singular combinación de contrastes, este aspecto de madona, atraía con irresistible impulso las miradas hácia la joven bella y misteriosa que, en la barandilla de su palco, languidecía en el ensueño del drama y de la noche, y era el símbolo distinguido de la *Venus velada* en el museo del desorden.

SU privilegio de hetaria consistía en cubrir su carne de alcoba, ante los ojos del mundo, con un manto de reserva y dignidad. Esto la hacía superior á sus colegas de perdición y la hace aún acreedora á la sonrisa de benevolencia de la sociedad, pues esa infeliz respetaba, en sí misma, la nobleza de la mujer.

EL más cruel enemigo de una cortesana es el tedio, tris-

te realidad de la vida. Esa ominosa actividad de bazar que cambia de dueño á cada instante; ese simulacro de placer que se vende al mejor postor; la orgía con sus lujos y ruidos fantásticos; el caos muelle y enervante de cachivaches y oropeles de esos rosados aposentos, en que las cortinas, los cobertores, las ropas, todo, está impregnado del *patchouly* que asfixia; el teatro, el café, el baile, los paseos, Bearritz, que es la concha marina de estas nereidas del vicio, nada basta á satisfacer esa sed beoda de goces ardientes y de escándalos nuevos, que queda en los labios cansados de empaparse en todas las heces del placer. En el fondo de la copa artera está siempre el sedimento amargo del fastidio, que la víctima apura sin inmutarse para evitar los sarcasmos que la humillarían al caer con ademán gallardo en la hora suprema, cuando la ramera coronada de las históricas camelias y de

las ínfimas del sacrificio, semeja en los brazos de la muerte, á *una flor hollada en el salón de baile* El tedio es el dogal de las pecadoras. María Duplessis sucumbió á ese golpe letal; compadezcamos á la que fué tan sensible y de natural tan bueno, que merece se escriba en su tumba este epitafio: *murió de pena . . .*

MORIR de pena es inconcebible en una cortesana, para los hombres que no han visto en esas desgraciadas mujeres otra cosa que la coquetería del arroyo ó el beso zalamero como la pantera negra de Java, con que resarcan á sus amantes después de jugar con ellos al ratón. Morir de pena es sublime, y venderse en el mercado de la prostitución es abominable; y si con frecuencia hay almas que se cubren de este vilipendio, es por la especie de fascinación horrorosa que hace descender á la paloma hacia la gola impura de

la sierpe; pero, en más de una ocasión, con fuerte aletazo quiebra el pérfido encanto y se remonta á espacios de mirajes elisianos y campiñas de sueño. Bien puede una cortesana morir de pena!

EL gran Víctor Hugo dice que morir por falta de amor es la asfixia del alma. ¿Y amaba la *Dama de las Camelias*? ¿Cabía afecto tan puro, dicha tan inefable, en ese pecho carcomido por goces destructores, en esa conciencia llena de arrugas? Sí amaba esta flor del mal; sí habían palpitations generosas en su corazón infeliz: un afecto inmenso, radiante, heroico, hacía la ventura de la mujer desvalida, pero hermosa. El amor es la redención de la cortesana; es su vida, cuando no es su muerte. Por eso mató á María en la primavera de sus años, pero la idealizó con suaves destellos póstumos de gloria. El amor es bastante poderoso para lavar afrentas.

No al cielo cristiano que pueblan ecos blandos y embesantes de violines tañidos por ángeles graciosos, ni á la mansión empírea de los escandinavos, donde guerreros sanguinarios riñen á espadadas por alguna Elena de la tierra, sino al voluptuoso paraíso de Mahoma, lleno de huríes encantadoras, habrá volado el espíritu dulce y sensitivo de la nueva Magdalena que, menos dichosa que la del Cristianismo, sólo halló á su paso por el mundo, abrojos que desgarraron sus piés de peregrina del amor, y en compensación de tan rudo infortunio, la pluma de Dumas que vertió las flores del ingenio sobre su nombre y su tumba. . . .



EL PAYASO

NADIE es más infeliz que él. Pobre hombre que por un sueldo miserable se convierte en el hazmerreir de un público ignorante y descortés. ¡Niño, no recuerdo haber ofendido su infortunio; hombre, me duelo de la triste condición que le abate, del sino adverso que pesa sobre su vida nómada!

PAYASO, no me huyas como medroso perrillo, acércate, que deseo conocer mejor tus desfiguradas facciones! Cuántas veces en el momento de las pal-

madas y de los vítores, cuando en el circo no hay lugar para un alfiler y los espectadores ríen á carcajadas de tus chistes y piruetas, con el pecho herido rebosando en lágrimas, te vas á confundir en la comparsa de artistas indolentes que no ignoran tus penas y que sí contribuyen á reforzarlas! Cuántas veces lleno de zozobras, te lanzas en una serie de saltos peligrosos á riesgo de caer luego muerto de inanición, como símbolo trágico del dolor humano, como muda protesta ante las desigualdades de la sociedad, que paga barato tus burlas sangrientas á su necio orgullo! ¡Cuántas veces fatigado de este ridículo trabajo, te niegas á continuar divirtiéndote á la fascinada concurrencia, y cuántas otras élla te rechaza con silbos y voces injuriosas, á pesar de que insistes en hacerla gozar con tus locuras y desatinos! Ven, simpático amigo de los niños; ven con tu pintarrajeada faz y tus panta-

lones bombachos encarnados; ven brincando alegremente á mis brazos, que están abiertos para todos los desgraciados de la tierra y que sólo niegó á los soberbios!

HACER reir! He aquí el ideal del payaso. Por *hacer reir* caminará sin descanso de una parte á otra del globo, sin otra patria que aquella en que gana más dinero, ni otro hogar que la carpa blanca plantada hoy bajo el clima abrasador del trópico, y abatida mañana por el viento helado de las regiones antárticas. Compadeced al *clown* que en la pista polvorosa hace resonar locamente los cascabeles de la alegría y no insultéis su dolor oculto.

Y SIN embargo, en medio de sus tribulaciones, este hombre estrafalarío, tiene sus horas de dicha y hasta de legítimo orgullo. Vedlo en la noche de su beneficio, con su flotante traje abigarrado y su mueca sarcástica; vedlo rodar

bajo las humeantes luminarias, junto á los palcos en que se agita una muchedumbre lujosa y afiebrada que le aplaude con furor; ved á esta alma humilde, cómo se manifiesta emocionada ante el éxito alcanzado, cómo brotan las lágrimas á esos ojos desmesuradamente abiertos; cómo se encorva ese cuerpo flexible en reverencias súbitas; ved á Lulú, el favorito de la plebe, reir, reir mucho con expresivo gesto cómico; reir sin afectación por la primera vez en su vida. Es la apoteosis del payaso. Jóvenes y viejos, echadle al picadero coronas de vistosas flores!

AL salir del Circo, Lulú, ebrio de gozo, se fué para una taberna; allí le abrazan todos y le felicitan calurosamente. En un golpe de mala suerte perdió sus ganancias del beneficio, y harto de vino y amargura se retiró á su cuarto en un arrabal

CON el dogal al cuello, amo-

ratado, pero con un resto de jocosidad y de ironía en los labios, le hallaron al día siguiente sus amigos; ya no describirán sus ágiles plantas esas curvas perfectas de la clásica *cueca* junto á la hermosa ecuestre y al son de chillona pande-reta; ya no reirá Lulú, ya no reirá el público, y el viejo de larga barba y de mirada torva, el dueño del Circo, dirá mañana cuando le pregunten por su payaso:

*¡Qué haya un cadáver más,
qué importa al mundo!*

JÓVENES y viejos, esparcid sobre la tumba de Lulú, coronas de vistosas flores!



LLONA



¡LLONA! Un hombre que ya
no existe, un genio, un nom-
bre que pasa glorioso á los do-
minios de la historia! . . .

¡OH Cielo! decía Baudelaire,
consolando á los espíritus que,
ebrios de luz, hallan un dejo
de ambrosía en la copa de la
vida: *yo sé que le guardáis al
poeta un lugar de honor.* Llo-
na, pues, como vate de estro-
fó sublime, como poeta de ver-
dad, como alma de la Armo-
nía que ha sufrido todas las
torturas de las de su regia es-

tirpe, tiene un puesto distinguido en las filas de las santas legiones que abandonaron las sombras de la tierra, centro de mezquindades, por el cielo, trono azul de la suprema calma y patria ilustre de la justicia.

VEMOS las bajas que hace todos los días la Muerte, y aún nos rehusamos á creer en élla! ¿Cuándo nos acostumbraremos á sus horrores? Pero hay cierta piadosa lógica en esta resistencia: para la gente del montón anónimo, se comprende que existe tan cruel anonadamiento; para Llona, poeta de canto homérico y de no menos homéricas desgracias, no se concibe ¿por qué?

LLONA no es ya, no le veremos nunca. Su laúd de oro no resonará con las nobles vibraciones de su numen griego! Sus labios permanecerán fríos é inmóviles! Por la vía que conduce al sepulcro, angosta y yerma, se fué el viejecito de

cabellos amarillos como el sol de los días lluviosos; se fué para no volver, sin tornar los ojos, repletos de lágrimas, al mundo que dejaba y que le había calumniado; se fué cantando versos heroicos á la inmortalidad que le franqueaba sus puertas, y á Dios que le abría sus brazos.

SE acabó el primer artífice del verso en Hispano-América, el único Llona del mundo, el de mi patria, el del Ecuador! Ahora, pueden venir todas las coronas, todos los elogios, que para nada servirán á esa cabeza de águila anciana, desgarrada por agudísimas espinas y víctima de injurias mortales!

ÉL, que llenó el espacio de luz espléndida, en las negruras de la tumba! Aquellas manos que pulsaron la cítara de Píndaro, sin movimiento para siempre! Aquellos labios elocuentes que hablaron la lengua de los dioses, helados por el soplo de la muerte! Esto pa-

rece imposible, ó á lo menos, debía serlo: la muerte de Llona es una ilusión. Tanto amor por lo bello, tanta grandeza sólida, tan alto varón, no pueden haberse anulado sin derecho á la inmortalidad. Su majestuoso busto de Sumo Sacerdote del Parnaso, circundado de inmarcesibles laureles y su serena hermosura antigua, están destinados al relieve de la medalla y á la apoteosis del mármol. ¡Vivirá, ecuatorianos!

AÚN me parece verle en el viejo salón de la Biblioteca Municipal de Guayaquil, como hermano legítimo de los genios que allí están por presencia de sus obras; aún le veo rodeada la frente de resplandores olímpicos, en esa hora de luz de la justicia humana, en que la mano de la hermosura dejaba sobre sus respetables cabellos la diadema del triunfo—bella homicida de los que la han recibido desde el Tasso—; aún le veo abrigado en su gabán gris, indi-

ferente al calor del trópico que todos sufríamos, y como sintiendo él sólo la frialdad de cercana muerte; aún le veo así, cruzar plazas y calles, sonriendo á todos y de muchos no atendido Llona, el Poeta Nacional, el Mago del Verso, el Viejecito de cabellos amarillos como el sol de los días lluviosos. ¿Nada queda de él, ingratitud y demencia?—Queda la *estela de una vida* fecunda para el Arte, timbre de la Patria.

¡BEFA sangrienta de la suerte á todos los poetas! ¿De qué le ha servido al artista muerto, copiar tantas veces con su pincel de rosa, esa elegante primavera rica de claveles reventones y de hojas verdes y sonoras; si élla con la indolencia de las cosas, le hiere ahora en medio de sus pompas y alegrías, y la tierra lo arrebatada del seno de amante esposa para aprisionarlo en su seno duro de madrastra ?

¡ILUSTRE poeta, perdona es-

tas líneas confusas que mi dolor te consagra. Para decir lo que tú fuiste, era preciso el verbo de ese otro Llona que despidió con frase eterna tus cenizas: Borja! Yo te doy lo que puedo! ¡Adiós, Gran Poeta!



Las tristes



Quito á 8 de Agosto de 1907.

Señora Mercedes S. de Zal-
dumbide.

Presente.

Estimada amiga mía:

ENTRE los papeles de mi gaveta íntima he hallado estas páginas que escribí para Ud., después de una amena conversación que tuvimos sobre los caracteres tristes de algunas personas que á Ud. y á mí no son queridas. Desde entonces no he vuelto á ver las presentes líneas, y he experimentado una grata sorpresa al dar con

ellas en el momento menos pensado.

¿Y cómo me atrevo á hablar á Ud. de tristezas si su espíritu rebosa buen humor y es Ud. más alegre que unas castañuelas?—Por lo mismo, Mercedes: ya es tiempo de que Ud. también se vuelva melancólica de verdad: sus penas ahogadas á menudo en una carcajada ruidosa, franca y simpática, piden con razón más respeto de Ud., y es menester que honre el sufrimiento con una noble severidad. Esto no es consejo, es una opinión aislada que Ud. puede seguir ó no, sin que en el último caso amengüe en nada el aprecio que Ud. sabe le profeso.

MI artículo no vale un pito, bien lo sé: pero fué borroneado en una noche de dulce recuerdo, de férvida inspiración, que forma época en mi vida y que deploro no vuelva para mí, porque se fué río abajo, como se va todo: almas, países,

memorias, cuadros La luna de esa inolvidable noche, la brisa que oreaba frentes y ramas, el canto de las aves y las voces de los corazones, eran otros, tenían una poderosa y sugestiva belleza que los hace únicos. ¿Volverán? Qué vuelvan, sí, aunque sea una sola vez; que vuelvan para que Ud., bella y amable amiga, comprenda el triste encanto de estas hojas!

ALLÀ van *mis tristes*, «cual grupo de mujeres desoladas»; recíbalas en su poético hogar, y si puede, hágalas reír mucho, que al fin talvez se curen de su pena. Mientras tanto, al desprenderme de este amado manuscrito, sólo tengo derecho para exclamar como aquel personaje de *La Bohemia* al despedirse de su gabán:

Fedele amico mío,
¡addío, addío!

Su atento amigo,

F. J. Falqu ez Ampuero.

VENUS dió á Psiquis por compañeras la tristeza y la soledad; vosotras, psiquis de mi tierra, sed tristes, y si no queréis ser bellas, no lo seáis en buena hora; arrojad el mágico talismán de hermosura y simpatía que cubre vuestros cuerpos divinos, pero sed tristes

LA tristeza es el misterio del espíritu; la tristeza forma una aureola de tenues resplandores sobre vuestras cabezas de ángeles: sed tristes, que tenéis todo lo más bello del mundo: sombras dulces en vuestros ojos picarescos, música del paraíso en vuestras frescas sonrisas, y el ritmo voluptuoso de una estrella en vuestros cuerpos ondulantes hechos á todas las sorpresas de la caricia.

Los rostros que viven entre suaves penumbras son más atractivos: el cielo es bello más por sus sombras que por sus fulgores. Sed tristes, psiquis del Ecuador; sedlo como

la noche del mar cuando ríela la luna y se mezcla á las plegarias de las almas el majestuoso tumbo de las olas; sed tristes como la doliente melodía de Schubert, como los versos sensitivos de Byron, como esa belleza ideal, indefinible, que persigue la poesía alemana entre las brumas del Danubio.

TRISTES, y para qué, diréis? Hay en la tristeza poesía íntima, embriagadora, seductiva; poesía hija del corazón, que nos inunda de luz, de amor, de aromas celestiales; poesía única encarnada en formas adorables hechas por Dios sobre el modelo impecable de la Venus clásica de Médicis; poesía del Azur, de la ilusión, del recuerdo, de todo lo que, como blanca nube de incienso, sube para esfumarse luego entre los últimos melancólicos crepúsculos del día. La mayor parte de las mujeres célebres de la poesía y de la historia, han sido tristes. Ofelia y Julia de

Etange, Beatriz y Heloisa, la dulce indiana Atala y la Valliere, todas han sentido en sus corazones fiebre de amor, y en sus rostros idealizados por la belleza del estro, esa embelesante nostalgia que baña las frentes soñadoras con sombras de irresistible simpatía. Sed tristes, psiquis de mi tierra, como el cisne que se desliza blanco y melodioso sobre el lago de argento, como la queja del bardo, como la tímida violeta que vive oculta entre la yerba y sólo se denuncia por su blando perfume.

EL pudor que colora vuestras mejillas os hace extremadamente bellas, pero la dulce melancolía que en veces ostentan, os vuelve divinamente irresistibles. Sed tristes así; sedlo siempre, que la tristeza es flor mística de célico aroma, en cuyo virgen cáliz tiembla el nítido rocío de las lágrimas del corazón.

LA tristeza de la ausencia

es pesadumbre que atormenta el alma. ¿La habéis sentido alguna vez? Sí, cuando abandonastéis el rosal pintado y oloroso que matiza la margen de vuestro río, por la pampa yerma del páramo y el cerro abrupto y estéril; sí, cuando quedó vacío por vuestra ausencia el hogar en que se meció la linda cuna de ángel y brillaron los más bellos días de una existencia juvenil; sí, cuándo la mano despiadada del destino separó del mismo tallo las dos flores de amor que habían crecido juntas resistiendo tanto tiempo las inclemencias del cielo; sí, cuando todo esto pasó, mientras quedaba atrás, sobre el camino que recorríais contenta y orgullosa del feliz horóscopo de ese día, un corazón hecho pedazos y un pálido recuerdo que se borraría en la distancia

SED tristes, hermosísimas amigas, que ya es tiempo de honrar el sufrimiento con una

noble severidad; sed tristes, como queda en el día de la partida, el rosal que borda los cármenes del río que arrulló cuando niño nuestro sueño; como el hogar cuando se apaga la lumbre y se le dice adios!, como la flor gemela que, lejos de su dulce compañera, dobla la corola para abatirse en el polvo La tristeza es también redención!!



LA PLUMA

(Al Sr. Dr. César Borja).

LA pluma es cetro y el escritor rey. El que pone este alto signo del adelanto de los pueblos al servicio de causas desacreditadas, es un ruin enemigo de la humanidad. Servir al Derecho, á la Ciencia y al Arte, es el objeto más noble de un escritor. Voltaire, Chateaubriand, Montalvo, veneraban una pluma porque conocían su inmenso poder.

EL vulgo mira con desconfianza á los *plumarios*, porque

«no tienen oficio ni beneficio»;
¡Vulgo, detractor gratuito del
genio, payaso en la comedia del
mundo, maldito seas! Despre-
cias el libro, el folleto, el periód-
ico; pero buscas el garito, la
taberna, el burdel; no eres ele-
mento de prosperidad en el Es-
tado, no eres defensa de nin-
guna virtud, no eres grato con-
tus civilizadores. A tus manos
mueren lo grande, lo bello y
lo bueno, como las flores al ar-
dor de la canícula. Adepto del
motín y contrario de la Revo-
lución, rindes la vida en me-
dio del vocerío atronador de la
plaza pública, pero huyes á
los primeros tiros que anun-
cian la demolición de las bas-
tillas. No sirves á la So-
ciedad en su marcha á la Me-
ca de los ideales, porque te-
mes los calores sofocantes del
Desierto. Altanero con los dé-
biles, cobarde con los fuertes;
el fulgor divino que emiten las
plumas te deslumbra. No per-
sigas á los escritores, plebe
miserable!

LAMARTINE, el dulce ruiseñor de los vetustos bosques de la Galia, confiesa que á hurto del eximio poeta Alfieri, robó la pluma con que este hombre sublime escribía sus producciones. Latrocinio tan inocente, demuestra que la que los déspotas llaman «arma terrible de dos filos, que hiera al que la maneja y á la víctima», es objeto capaz de mover á persona tan principal, como el autor de las *Meditaciones Poéticas*, á volverse «ladrón alevoso». Páreceme que veo á D. Alfonso, alto, pálido, vestido de irreprochable manera, cerrada la levita negra hasta la nuez, acercarse con paso inseguro á la mesa en que trabaja el padre de Virginia, y con mano torpe agarrar esa pluma de cisne que le traía perdido el juicio. Si hay semidioses que hurtan las plumas de sus iguales, no serán nunca justificados, el encono de los tiranos y la irracional antipatía del vulgo por los escritores.

UNA pluma es tan efímera, pero tan benéfica! El César de la Francia que rompía á cañonazos las coaliciones del impertérrito Pitt, tembló de espanto cuando en Fontainebleau firmaba el acta de abdicación que trajo á los Borbones; esa pluma libró á la patria de los príncipes cabelludos, de los horrores de la guerra y de la tiranía del primer Imperio: pluma bendita la que redime de la esclavitud!

CLEMENTE XIV es fama que rechazó, en diversas ocasiones la pluma inmortal con que hiriera de muerte á la Compañía de Loyola. El Pontífice pereció á manos criminales, pero el bien se hizo; desde entonces ese monstruo Biareo, va perdiendo uno á uno sus brazos constrictores. Pluma que es ariete demoledor de los muros de los fanatismos clericales, pluma magna es. La pluma de Clemente el Grande debía figurar entre las maravillas del mundo. Ah! de esos perfiles

han brotado raudales de luz y de consuelo para el hombre!

HAY plumas de todas clases: de sabio, de literato, y ¡oh deshonor! de protervos. Baldón sempiterno al que vende su pluma á la infamia ó al ridículo!

LA del sabio es la de Platón y Humboldt: describe el plano, de la gran República universal, verdadera *ciudad de Dios* que descansa sobre bases incommovibles de justicia; se abisma en las entrañas misteriosas del Cosmos y aprende sus secretos para revelarlos á los cerebros humanos.

La del literato es pincel divino en las manos de Homero y Luciano, Virgilio y Alhigieri, Racine y Cervantes. El mundo de la fantasía se abre de par en par á estos ojos inspirados; la sagrada corte del Olimpo con sus dioses rubios y bellos y sus diosas de formas tentadoras, si por lo bien

hechas, si por el resplandor que las baña; la *Selva Oscura* con sus ramajes seculares sombríos, que se abaten para no obstar al audaz florentino, que sale de ella asombrado y terrible á conminar á los reyes sanguinarios y papas simoniacos, á todos los precitos de la tierra, con los horripilantes castigos que le han amargado el corazón; y la naturaleza moral, la más sublime y compleja, están á las órdenes de esta pluma de oro que el genio de la Literatura arrancó sonriendo al cóndor del pensamiento; pluma que en horas de hechicera y noble poesía, para ensalzar las virtudes y gracias de la mujer—símbolo hermoso del arte helénico nunca superado—moja sus perfiles en los «colores vívidos del Iris y seca lo escrito con el polvo de las alas de la mariposa»; pluma que truena y destella cargada de la fecundísima electricidad de las ideas; pluma destinada por el Sér de los Sér-

res á realizar el prodigio de la multiplicación del pan espiritual!

LA pluma del músico no ahonda problemas científicos ni produce obras literarias: habla el lenguaje celestial de la melodía. Verdi, Bellini, Mozart, Aubert, colman de alegría á esa porción delicada del mundo, que goza y sufre con vehemencia insólita: las almas sensibles. Los músicos son los verdaderos poetas, porque tienen decisivo poder sobre el hombre. ¡Cuántas veces el eco blando de una voz en la calma sepulcral de la noche, ó el de un instrumento tañido por hábil mano, suspendieron al infeliz que, con violencia loca, iba á hundirse en los antros del asesinato! Una bella oda ó una elegante prosa no alcanzan esta victoria inaudita sobre las pasiones. ¡Música, magia de los corazones exquisitos, rocío suavísimo de sonidos, eres mi supremo encanto, no me can-

so de escucharte, y quisiera vivir bajo tu acción benéfica, los días que el destino me haya señalado en su reloj invisible!

¡ESCRITORES protervos! . . .
¿Se compadrece acaso el ejercicio de la pluma con la infamia? Indignado responde Carlyle: *no me vendo á los hombres ni á los hechos, soy la historia y mi escudo es la verdad.* . . .

EN nuestros pueblos hay plumas indignas que deifican á tiranos y á nulidades políticas, por un mendrugo de pan, por una sonrisa de favor. Esta asistencia degradante de los que aspiran á la dirección del País, ha causado daños cuyas consecuencias todavía no desaparecen. El que desea arriamar el hombro á la ardua tarea de aliviar los quebrantos de la tierra natal, rinda á los enemigos que la ultrajan, gane batallas por la Libertad, conjure la bancarrota económica, promueva, en el desempe-

ño de los altos cargos públicos, el progreso y el bienestar de los ciudadanos; la Pluma y la Espada, dispensadoras de hazañas eminentes, están á su mano para cubrirse de eterna gloria; y entonces sea, en hora buena, Presidente, Ministro, Senador, y hasta la dictadura se la perdonamos, si después de ejercerla con la abnegación de un romano, puede decir: *ju-ro haber salvado á la Patria!*

PLUMAS protervas, ludibrio de la historia de la literatura; plumas de buho repugnantes: campo á las de águila y de cisne, que hacen la delicia de los hombres dignos!



A TÍ!



«Cuando un poeta te
pinte en magníficos
versos su amor, du-
da».

«Cuando te lo dé á
conocer en prosa, y
mala, cree».

Becquer.

Te amo, pero nunca he te-
nido la idea de comunicártelo
en la forma delicada del ver-
so. Abrigo un presentimiento
extraño: creo que el día que
brote de mi laúd una nota
para tí, ese afecto ardiente y
sincero con que me haces tan
lichoso, se volverá menos in-
tenso, perderá todo su encan-

to, y ¿qué es el amor en este estado? No debemos pensarlo jamás!

Los espíritus realmente apasionados desdeñan lo ficticio, lo que no es capaz de hacer duradero el cariño, y para revelarse lo hacen por medio de la prosa, que multiplica el sentimiento y lo envuelve como en un éter de fuego. Único idioma que acierta á reproducir la verdad en todo su esplendor; única manera de comunicar esas gigantes aspiraciones que iluminan con lumbré de relámpago el porvenir!

El verso lo presenta todo á la dudosa claridad del crepúsculo, y la prosa es como el arroyo cristalino que copia fielmente la hermosura de Galatea. Tu respuesta ha de ser: «A mí, me hechizan los versos; tú, no eres poeta y por eso te expresas así». Vuélvemelo á decir; niégame ese don misterioso que enardecía á Musset, niégame la aspiración de ese gas.

desprendido del cielo, que tiñe de un vago azul la fantasía, y hace vibrar todas las fibras sensibles del corazón: niégame, mujer, el canto y el ideal, y que mi arpa se rompa sin que tú hayas arrancado ni una melodía de sus cuerdas de oro.

No te quiero cantar. Mi prosa es para tí; mi prosa que una sola de tus miradas hace nacer de mi alma; mi prosa que no puede mentir porque es amplia, irrestricta y llena de encendidas imágenes, es la que va á conquistar los derechos de tu amor, la que te hará mía, la que, precursora de un mañana brillante y duradero, se levanta fresca é impregnada del aroma de las ideas, que flotan como átomos de lumbre en el mar del pensamiento.

NUNCA me pidas versos. No los sabría hacer por tu mandato!

A TÍ, foco de belleza, hacia el

cual se vuelven mis ojos, en la próspera como en la adversa fortuna; á tí, que arrastras mi alma ávida de emociones y la sacias hasta embriagarla sobre tu seno de virgen griega; á tí, manantial de vida, irresistible atracción de lo bello, fuerza de la virtud que seduce para salvar, dirijo estas incorrectas líneas como afectuoso testimonio del amor que te profeso



LAS CARTAS



UNA carta es un testigo que dice la verdad. ¡Cuántos hay que cometen mil locuras para destruir esa prueba terrible!

LAS oficinas postales son las llamadas á aliviar del grave daño que puede hacer una carta. Por eso los gobernantes que desean conservarse á *ou tran-*ce en el Poder, dan el cargo de Administrador de correos á persona de su confianza

INSISTO en lo peligroso que es «dejar correr la pluma con

la brida al cuello», como dice graciosamente la señora de Sevigné. El refrán de *carta canta* debía ser el aviso que detuviera á los hombres, cuando se entregan á la costumbre de fijar en una hoja de papel sus ideas más recónditas. *Palabra dicha tiene vuelta, pero palabra escrita no la tiene*, señores politiqueros, que enderezáis cartas que más tarde son, pesadilla en el sueño de la dicha ó muro de piedra contra el que van á deshacerse esperanzas halagadoras.

EL género epistolar, observa un escritor satírico, es causa de la mayor parte de los tormentos de la humanidad. Las malas noticias se hacen saber en una forma culta y velada: la carta. Un cartero es personaje siniestro, como lo es un sepulturero de *térrica mirada*. Si uno de esos hombres alígeros y charlatanes que reparten las correspondencias, me extiende la mano para entre-

garme un sobre, tiemblo de miedo, porque espero una desgracia. La felicidad no la concede el hombre, es beneficio de los dioses que lo recibimos por medio del acaso.

LAS cartas inocentes, las que no lastiman á nadie y son dulce panal de miel hiblea, por lo instructiva de la materia y lo elocuente del estilo, son las de Lord Chesterfield á su hijo y las literarias de don Mariano José de Larra. En ellas no hay niños con virüelas; suegras rabiosas como un can; amigos íntimos que dicen desahogos ó piden dinero prestado; médicos que cobran sus honorarios por la *cúra radical* del enfermo; abogados que amenazan con el apremio si no se les abonan, uno sobre otro, los *sucres* de la defensa, que sólo dió por resultado la pérdida de la hacienda; prestamistas que avisan que rematarán al otro día las prendas que están en su *monte de piedad*: todo es paz y sua-

vidad, encanto de las bellas humanidades, en esas cartas inmortales!

LA carta de amor ó lirio-erótico, como la llamó Calderón de la Barca, es un manejo de calificativos cursis, pura *lata*, mentirillas más antiguas que el mundo, pero que son y serán siempre la gloria de los enamorados.

LA *carta de recomendación* es un alerta á quien va dirigida, para que no caiga en las redes del pobre diablo que la lleva «por seguridad».

LA *carta de condolencia*, esa que no dejan de escribir los magnates cuando alguien *de viso* baja á la tumba, es una colección de ayes lastimeros y de ripios intolerables que cansan, fastidian, irritan y no mueven las fibras del sentimiento.

LA *carta de desafío* es una broma de tono que gastan los bravos de ogaño á trochemo-

che. Estos lances terminan, por lo regular, con un almuerzo que costea el espadachín provocador y un *acta digna* firmada por el agraviado.

LA *carta abierta* no tiene par en sobresalencia y amplitud de miras. Si á un infeliz le entran ganas de tutear á un alto personaje, allí está á la mano la *carta abierta* para indultarse de la irreverencia y decirle sin rubor infinitos desatinos. Este expediente lo usan á menudo las larvas de la política con el fin de salir del estanque de aguas corrompidas en que viven.

¿Y la *carta política*? Mejor es no meneallo, péñola inconsiderada! Ella es la más pequeña cantidad de programa que un aspirante puede escribir sin comprometerse mucho: esbozos de principios, reflejos de promesas, rasgos débiles de lo que hará en el Poder un hombre atacado de la *peste*

negra de los políticos: la ambición. Si nunca se cumplen estos ofrecimientos, á nadie sorprenderá, porque al cabo están consignados en un *papel* que se lleva el viento no sé á dónde.

LA única carta que merece ser respetada—, la grande y elocuente en sus ideas y estilo, es la de la madre:—sencilla, ardiente, suavísima, debe guardarla un hijo amante sobre el corazón, porque no la dictan el engaño ni la moda.



Día de difuntos de 1904

(Al saber el combate de Torres Causano)

ERA la hora del crepúsculo, y apenas se escuchaban los últimos gritos de la algazara que el hombre va á formar todos los años á la mansión de los muertos. ¿Y qué había ido yo á hacer allá? Lo diré: á visitar á mi hijo y á mi madre de cuyas pérdidas no me he repuesto todavía; á dejarles dos coronas de flores naturales tejidas por mi esposa, y á llorar sobre sus tumbas mis cotidianas desgracias. ¿No soy libre para

proceder á mi gusto? ¿A quién le está vedado dirigir sus pasos al Cementerio? ¿Es censurable orar? ¿No lo hacía en ocasiones el mismo Voltaire? Puede decir el mundo lo que le parezca: me fuí á conversar con esas sombras queridas, huyendo de la ingratitud y del mal. ¿Qué hay de extraño, qué hay de nuevo?

¡Y qué! decía yo en aquella triste morada: ¿será posible que aquí, donde debía reinar la igualdad, la presunción se deleite en guardar, dentro de sepulcros magníficos, á esqueletos hediondos y asquerosos? ¿Por qué el mundo engalana hasta el polvo de la muerte? El cariño verdadero sólo consagra á sus deudos una lápida modesta y una cruz
 . . Aquí yace el honorable señor don ¿Será verdad? Pero ¿qué miro? Tú, también, bella María, arrebatada á la sociedad, á los quince años, cuando eras su encan-

to, su más dulce esperanza?
¿Y tú, infeliz Rafael, á quien
el pueblo pagó con desprecio
tántas desinteresadas fatigas
por su bienestar? . . . Mas ¿de
qué sirven todos estos títulos
y honores á quien ya no es más
que un *no sé qué, que no tie-
ne nombre en ninguna lengua?*
Adulación, adulación, me indig-
na verte por todas partes! . .
. Allí hay una fosa su-
cia, abandonada, un hombre
del pueblo se arrodilla y deja
sobre ella una pobre corona
de siemprevivas: sin duda es
de su padre; buen hijo, Dios te
premie! Me acerco y leo en la
tarjeta de la corona, porque el
nicho no tenía lápida ni ins-
cripción: *A don Juan Montal-
vo.* ¡Cielos! en qué criminal
olvido están nuestros genios . . !

VOLVÍA yo, melancólico y
hasta huraño, y más que todo
ello, preocupado de mil pensa-
mientos,—volvía, digo, de la
ciudad de los muertos; cuando
el lamentable clamor de las

campanas me advirtió que llamaba á juicio á la bacanal cristiana que libaba sobre las tumbas, para que dejara en paz á los difuntos.

EN esta fiesta profana, sólo dos hacen buena cosecha: el tabernero, que agota sus depósitos de licores, y la Ley, que recibe nuevos delincuentes. No quise subir al carro de regreso, porque advertí que en él hacían bulla infernal unos jóvenes con unas damiselas. A pié, por la gran calzada iba yo, como he dicho, triste y cabizbajo; á cada instante tornaba á mirar la hermosa ciudad de mármol que dejaba atrás Los muertos, qué felices son! Dormidos sobre la blanca almohada de la paz; severos, rígidos, disfrutaban de libertad inalterable; la ola tumultuosa de las pasiones no les salpica el rostro; no pagan contribución á un gobierno hambriento y desleal; no sufren prisiones

injustas; no tienen compromisos políticos con nadie; y no cumplen ninguna de las descabelladas leyes de los Congresos; sólo acatan la ineludible ley de la naturaleza, que los destina á una vida fecunda y misteriosa: la de las transformaciones.

COMO la noche se echaba encima á la manera de una inmensa fantasma negra, apresuré el paso, y una vez en la Avenida Nueve de Octubre, el reloj de la Iglesia de San Francisco dió las *siete*. Entonces juzgué del caso tomar el tranvía que regresaba del Salado, para llegar más á prisa á mi hogar, en donde mi familia estaría sin duda muy preocupada por mi demora. Pero ya en la plaza de Rocafuerte cambié de determinación y me senté en uno de sus toscos bancos. Aquí fué del pensar en tales cosas, que creí, un momento, iba á ser víctima de lo que llamamos *un ataque al*

cerebro. ¿En qué pensaba? En qué ha de pensarse ahora, en la Patria crucificada por culpa de sus hijos perversos! ¿No es propio en un día como éste, de luto y recuerdos, dejar ir la memoria por los lugares que á ella le sean más gratos? Ha visto la pobrecilla tanto, tanto infortunio, que si quisiera alegrarse, le pasaría lo que á la princesa del cuento infantil: sus gozos la harían llorar.

¿LA Patria ha muerto? Qué ha de ser verdad! si tiene á sus órdenes dos millones de hombres listos á dejarse matar por ella. ¿Quién se atreve á ofender á esa noble señora? ¿Por qué no hayan Calderones, Rocafuertes, Montalvos, se la puede insultar con impune brutalidad? Nó! nó! Parece mentira lo que dice la prensa independiente, de los abusos que se cometen en las apartadas regiones orientales; pero si así fuere, si es un hecho tanta des-

ventura, qué hacemos con vida que no nos la quitamos á semejanza de esos generosos romanos de los tiempos antiguos, que temían más á la deshonra que á la muerte? Es que una falsa prudencia se ha apoderado de los corazones, porque al que en un raptó de santa cólera lanza su protesta viril y desenfadada, le sindicán de revolucionario, ó lo que es más triste, de mal patriota
¿Quién permite esta última afrenta? ¡Y esos bravos soldados de Torres Causano? No reposan sus despojos en la tierra natal; no tuvieron sus afligidos deudos el consuelo de verlos en la hora postrera; no podemos los *revolucionarios, los malos ciudadanos*, ir á visitarlos el 2 de Noviembre en sus huesas! En Quito ha resonado en su honor la voz de la Elocuencia; la Poesía también vertió á manos llenas sus más preciadas flores; hasta la Etiqueta oficial aparentó sentir honda pena en ese

día de alto desagravio, de homenajes póstumos á los heroicos sacrificados de la dignidad nacional; pero aquí, en donde anda de incógnito el enemigo, como entre los hijos de Troya el fementido Sinón, ni una palabra ni un murmullo lastimero; no parece sino que Guayaquil es la Paciencia de Shakespeare, insensible y sonriente á la vista de los grandes dolores ¿Una tumba en su patria es mucho para esos hermanos ?

Ya pasó la conmemoración de los difuntos: ahora nadie, casi nadie se acuerda de *los que en el mundo han sido*; los llantos se extinguieron; las campanas no repiten con sus lenguas de bronce las plegarias de la Iglesia; las coronas fúnebres se han marchitado con los rayos de sol del nuevo día: el hombre no puede resistir mucho tiempo el sufrimiento y con poco se consuela. ¡Cuánta razón tuvo Becquer al decir des-

pués de una visita al Campo
Santo:

¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!

Guayaquil.



EN UN LIBRO DE AUTOGRAFOS



I

¡A la juventud!

ERES cual la aurora que aparece en Oriente immaculada.

No hay sombras para tí: la luz del porvenir brilla en tus pupilas hermosas.

No hay dudas para tí: con entusiasmo de Ajax te lanzas á la conquista del Bien, despreciando valles al abismo, montes al cielo: eres la Fuerza.

No hay manchas en tu piel:
el vicio no ha envenenado tu
sangre pura y ardiente. Hon-
radas quedan las aras en que
la derramas!

No te encorvas ante los dio-
ses de la tierra; los miras con
sonrisa desdeñosa y pasas can-
tando tu himno dulce y ale-
gre ¿A dónde vas?—
A la Meta á clavar la Ban-
dera Roja. Brillante legión,
te saludo y te amo! Mereces
que te cubran de besos las Gra-
cias y que te coronen los An-
cianos más ilustres de mi Pa-
tria

JUVENTUD, eres la vengado-
ra de los ultrajes de la tiranía
á la libertad; y como el Me-
sías debes lanzar del Templo
de los Derechos del Pueblo á
sus conculcadores: tu látigo á
cada chasquido esparcirá fúlgi-
das estrellas

II

Carnaval. . .

EL hombre sufre casi todo el año; pocos son los momentos de gozo en que le dejan libre de las penas, y sólo entre las ruidosas carcajadas del Carnaval, según opinión de los alegres del mundo, es feliz algunas horas.

El Carnaval! qué tontería. El buen humor del siglo lo tolera, pero la civilización, amplia y profunda de hoy, aboga sin descanso por echar de sus dominios á este simpático bárbaro. El corazón suspira por esos tres días de jolgorio, para decirles, al remate de ellos, lo que Fausto al Tiempo: "No te marches, que eres tan hermoso." ¿Para qué lo detienes, hombre insensato? ¿A qué esa sed beoda de emociones fuertes? Un filósofo moderno cree que las amarguras

cuotidianas evitan la muerte á quien solamente paladeara delicias. Esta doctrina nos enseña que el dolor es un poderoso contrarresto en la existencia, y no como predicán ciertos escritores tormentarios, la razón del suicidio. Rechazo en nombre de la vida y de sus pocos inolvidables encantos, el nihilismo moral de los discípulos de Byron y Leopardi!

¡QUÉ placentero es hablar con un *máscara*! Su voz nos conmueve agradablemente, sus piruetas nos hacen reír. Que locuacidad la suya, qué conocimiento de las cosas que más se conservan en el secreto: es un mago jovial cuyas adivinaciones no cuestan un centavo á nadie. Pero *quitar una careta*, cuán riesgoso es para los llamados espíritus fuertes. . . . !



PERLA NEGRA



Á TERESA.

EN su pobre aldea natal la llamaba la *Perla Negra*.

¿POR qué esas sencillas gentes le habían dado tan raro nombre? Vamos ya á saberlo.

SU padre era un bohemio de aspecto sombrío y volandero, y su madre, una andaluza toda gracia, todo osadía. De este enlace ¿qué podía resultar? Un pollo de sensualidad Así era Rosario, linda, esbelta, bien hecha

de senos, zalamera como una gata, alegre como unas castañas, y con lavas de volcán en erupción dentro del pecho.

SU padre, domador de osos negros que bailaban al son de aguda pandereta, pereció en las fauces de estas terribles fieras; la tarde de invierno en que *Hércules* lo devoró, fué de las más trágicas para la mísera aldehuela, de cuyo nombre *no quiero acordarme* y en donde vió la luz Rosario.

LA madre de la *Pelta Negra* vendió los osos y monos con que ganaba la vida su marido y se hizo mendiga. Era de verla seguida de su joven hija, como de un fiel perrillo, llamar á todas las puertas pidiendo una limosna * que las más de las veces se le negaba por aquellos que, con el desdén de la indolencia en los labios, sólo tenían palabras de audaz codicia para la peregrina y sugestiva hermosura de Rosario.

UNA noche de esas brillantes y poéticas, que no hay más que en el trópico, cuando madre é hija cansadas de pedir en vano se rendían al doble peso del sueño y del hambre, quiso la casualidad que encontrasen en mitad de la calle, donde estaban acurrucadas y temblorosas, un apuesto jovenzuelo que se doliera de su desgracia y les echara sobre las raidas faltriqueras una moneda de oro ¿Ese desconocido era el ángel custodio de los pobres?

ALFREDO, hijo primogénito de los poderosos señores de N., salía una noche de casa de sus padres y tropezó con la pareja de mendigas de que hemos hablado. Era de noble corazón, gallardo y pundonoroso. El cuadro de tan negro infortunio le cubrió de duelo el alma, y se propuso, sólo por espíritu de caballeridad, descubrir bajo los harapos que tanto le habían hecho padecer, cuál fue-

se el origen de la llaga de miseria que ellos ocultaban. Cuando el amor toma la sublime forma de la caridad es capaz de todos los heroismos!

ROSARIO contó al señorito el desgarrador poema de su vida nómada, y las lágrimas brotaron á los ojos del hijo de la fortuna que ahora simpatizaba con la hermosa hija del pueblo . . . Esa dolorosa narración tuvo eco en el pecho de Alfredo, que desde entonces amó á Rosario como á una hermana infeliz que demandara el apoyo de su brazo y el pan de su mesa.

UN día amaneció muerta la madre de Rosario, y según el médico que la asistió, había sucumbido de un síncope agudo, proveniente del sufrimiento moral de la infeliz. Alfredo corrió con los gastos de los funerales, dando así una prueba evidente de su generoso corazón y del vivo y sincero amor que sentía por la huérfana.

A la sombra de este fraternal cariño pasaron venturosos los primeros años de la briosa pubertad de Rosario, que cada día era más bella y elegante, más intrépida y fuerte, sin que por esto su naturaleza apareciera dura é ingrata, pues la gracia le prestaba flexibilidad, y el pudor coloreaba sus mejillas de virgen circasiana. Era la encarnación de una de las más gentiles creaciones de Goethe, de la tierna y frágil Otilia, de quien dice Pablo de Saint-Victor, que sin duda tenía «embotada la conciencia y sólo despierto el instinto».

ALFREDO protegía á su hermana y al mismo tiempo la amaba con orgullo. Cuando ella fuera más discreta la haría su esposa, pero esa hora de luz parecía alejarse para el bondadoso muchacho que se había propuesto engastar en su corona de varón fuerte una perla negra. Rosario era obediente, pero nació para doble-

garse, para vivir subordinada y ser absorbida: *enredadera humana de ligero perfume de esclavitud*, no podía existir sino enlazada. Lo que en otra sería escandaloso, en Rosario era nativa debilidad y ternura.

LLEGÓ el abril con sus rosas y ardores, y Alfredo, ebrio de dicha, no sabía á donde poner la imagen de Rosario; sobre el altar de los perfumes no habría estado bien para ese loco del amor; la quería colocar en un sitio más noble y amplio, en el cielo, pero sola; mas, como esto no le era posible, á dónde estaría mejor que en el campo; entre las flores, que como hechiceros incensarios le brindarían sus más blandos aromas, y bajo la lluvia de oro que cae de las estrellas en las noches del estío? . . . ¡Irán al campo cuando la pradera cálida y lujosa evapore su aliento fecundo y embriagador allí el entusiasta Alfredo levantará un

trono de verdura para su ídolo; nadie sorprenderá sus éxtasis, sus debilidades de creyente ciego, sus triunfos de enamorado . . . ! ¡Qué bello es amarse en el abril!

Por esos tiempos asolaba la campiña de la aldea una banda de malhechores capitaneados por el temible Quiterio.

ERA este mozo robusto y bravo como un león.

No le hacían soltar una presa ni lágrimas ni tiros. Todo lo que cogía lo destrozaba sin piedad, y cuando el botín era una mujer hermosa, su fiereza no reconocía diques

ALFREDO era diestro cazador é invitó á su dama á salir con él á una de esas excursiones venatorias. Rosario, llena de pasión y júbilo, se prestó á los deseos de Alfredo, y ambos jóvenes se dirigieron, risueños y confiados, á la pradera solitaria que sería, según sus esperanzas, magnífico teá-

tro de un amor que sólo pedía á la próvida naturaleza libertad y esplendores

LA caza fué abundante. La carabina inglesa de dos cañones de Alfredo hizo prodigios: Rosario estaba admirada de la excelente puntería de su compañero: pero Alfredo quiso descansar en el dulce regazo de ella antes de volver á la aldea A la sombra de un florido limonero departían íntimamente los enamorados: eran dichosos y no veían el ave siniestra de la desgracia que revolotea sobre sus cabezas embriagadas Alfredo se quedó dormido: Rosario se levantó y fuése á beber á una fuente cercana, roja de vergüenza, pero henchida de alegría ¡Linda ninfa, huye con presteza que los rudos brazos del sátiro de esta campiña te persiguen

VELOZ como el halcón que se lanza sobre cándida paloma, se precipitó Quiterio, desde la

espesura del bosque inmediato, sobre la hermosa Rosario que, en cuclillas á la margen de la fuente, aplacaba la sed haciendo copa de su mano. El bandido, con la suave carga de la joven en los brazos, parecía el centauro Neso robando á Dejanira. Mientras tanto Alfredo dormía.

QUITERIO corría hacia el bosque, del cual lo separaban unos doscientos pasos. Una vez en su gruta, Rosario no opondría sino una débil resistencia y se habría consumado el horrendo crimen. ¿Y Dios dónde estaba?

A PESAR de las brutales amenazas de su raptor, la infeliz Rosario llamaba á su amante con grito salido del alma, y quiso la suerte que uno de esos arrullos de torcaz irritada, llegase hasta Alfredo que despertaba en aquel momento.

EL joven cazador había oído pronunciar su nombre, y ese grito de socorro era de Rosario.

Miró hacia todos lados, pero no vió á nadie. El bandido había entrado ya al bosque y quizá era tarde para arrebatarse su víctima.

CON el seguro instinto del corazón que ama, echó á correr Alfredo hacia la espesa cortina de selva que ocultaba á Rosario. Allí estaba tendida sobre la yerba, inerme, desesperada y llorosa, en presencia del sacrificador implacable; allí la encontró coronada de los festones trágicos del martirio en el momento de caer al golpe de infame inmolación. El bandido, frío como una esfinge, miró al audaz explorador de esa selva oscura del crimen, y esperó. . . Alfredo había olvidado su carabina y sólo armado de su coraje se abalanzó con brinco de pantera sobre Quiterio. La lucha fué desigual y terrible. Rosario estaba desmayada. Alfredo cogió de la garganta al forajido con las tenazas de sus ma-

nos y lo arrojó en tierra; pero al desplomarse el monstruo, asestó una puñalada en el costado izquierdo del vengador. Este dió un alarido y entregó el último aliento balbuceando el nombre de Rosario. . . .

LIBRE Quiterio de su rival, se dirigió hacia la inanimada prenda del homicidio y en vano pretendió reanimarla con sus brutales caricias: la Perla Negra había muerto. . . .
¿No sería el síncope agudo de la madre el que mató á la hija?



¡A martirio, martirio y medio!

Si se me pide un consejo respecto de una mujer hermosa que desea casarse con un perillán, que además de ser feo y ridículo es *un vaso de corrupción*, como diría el venerable Granada; si mi parecer, por demás desautorizado, se consulta en esta ocasión, contestaría redondamente: no; ahora bien, no es menester que eche á los cuatro vientos los nombres de los novios, porque ello no importa á nadie y además no añade un adarme de inte-

rés á este artículo, que no pasa de ser una simple opinión emitida en un asunto *de adentro*.

YA se ha dicho, y por elocuentes bocas, que á una criatura, linda como la Venus de Milo, de ojos de hurí, de labios rojos, como los pétalos de una amapola y de mejillas de fuego, no es posible convertirla en esposa de un calavera, que más bien debe desposarse con una nubia ó con una mona, antes que con uno de estos deliciosos pimpollitos.

DE lo expuesto no se siga, como consecuencia, que tengo humos de celibatario, ó por lo menos, que me han emplumado una calabaza, sino que juzgo de las cosas con conocimiento de causa, es decir, con verdad sabida y buena fe guardada.

Antes que el martirio el claustro: es mi opinión; pueda ser que ella no agrade á la ge-

neralidad, porque eso de irse de buenas á primeras á un convento y vegetar allí como plantas sin atractivos, no es cosa muy agradable, y máxime cuando para ello es necesario cortarse la cabellera abundosa y ensortijada; y esto no se crea que lo exige el amor patrio por boca del oráculo de Ysis, como lo hizo Berenice, sino por un precepto inconducente, que ha dogmatizado la costumbre y que injuria á la naturaleza.

PERO si es verdad palmaria, como dos y dos son cuatro, que vivir entre las frías paredes del claustro, causa extrañeza y desconsuelo; todavía lo considero más humano, más aceptable, que sacrificarse en pro de un ser que, moralmente, se halla, por sus apocados merecimientos, en imposibilidad de hacer feliz ni á una sierva.

UN notable escritor ha dicho que el claustro está lleno

de celestes encantos y armonías; puede ser cierto, no lo niego; pero muéstreseme uno siquiera que indique á la mujer el sacrificio en aras de esponsales indignos

En el claustro se sirve á Dios; sin la misteriosa sombra de un hermoso cabello, con un semblante de palidez de cirio, que presenta la imagen de la demacración, pero se sirve á Dios; y en un matrimonio de la clase del que vengo hablando, no se sirve ni á Dios ni al diablo, sino á un monstruo, á una negación absoluta de hombre.

LA mujer, en este caso, no debe titubear, al menos este es mi parecer; porque antes que se haga infeliz para eternas memorias, antes que sus bellas formas sean ajadas por las manos de un mal esposo, son preferibles las intranquilas soledades del convento

No hay término medio: si lo primero, es decir, aquel enla-

ce fatídico, culpa es de la mujer el llorar más tarde rodeada de sus hijos, las faltas de un marido para quien no tienen el menor atractivo, los castos brazos de una esposa y los dulces besos de aquellos inocentes seres sobre quienes hace caer gota á gota el veneno de sus vicios y escándalos. Si lo segundo, la vida del claustro; tiene que sufrir terribles privaciones, arduas pruebas que requieren un lecho de espinas para practicarlas, pero que, al cabo, ceden bajo el peso de la costumbre y de la inercia.

ESTOY, pues, por el convento y no por el martirio.

Si la mujer se ve en medio de este pavoroso dilema, que sepulte sus gracias, sus amistades, su porvenir, en ese abismo de la vida, pero que no se entregue á una desesperación irremediable, que no franquee las puertas de un hogar, en cuyo dintel, vela como odioso eunuco el fastidio.

YA dejo claramente expresada mi opinión sobre este particular; ahora sólo me resta á la manera del bardo italiano, señalar á la mujer el camino del martirio con este terrible verso:

Per mi se va nella città dolente,
Per mi se va nell eterno dolore



Nada sobre nada



(De cuando yo era periodista).

SIN saber qué decir me encontraba anoche, en la actitud que describe el sublime Manco de Lepanto: con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla; pero es el caso que se me presentó el Director, que es capaz de poner en movimiento al hombre más poltrón de la tierra, y con voz un sí es no es alterada, me dijo: «Señor mío, hace falta algo para completar el material, y si mal

no recuerdo, Ud. ofreció al público escribir cualquier cosa el pasado jueves, y como no lo ha hecho, le hago presente el compromiso. Pecho al agua, y no estarse así tan quedo». Ante una orden como ésta, que parece la de un Pachá, no hubo más que obedecer; y acto continuo recogí las cuartillas, empuñé la péñola (me la quité primero de la oreja) y la dejé correr (la pluma, no la oreja) como quien se lanza en pos de *panem lucrando*; y ya ven ustedes, que estos torcidos renglones se deben, exclusivamente, á la incontrastable energía de un empleado que, desde luego, merece un aplauso, y lo que será más de su agrado, aumento de paga.

PERO desprovisto de tema para llenar siquiera una columna, resolví irme en busca de la fuente Castalia de la inspiración, que si no me equivoco, está muy cerca de nuestros

talleres, en la Biblioteca de un ameno literato inédito. Como Pedro por su casa entré en la de mi nuevo Flaubert, que con bata de color pardo, á la manera del gran señor del Faubourg Saint Honoré, salió á recibirme con los brazos y el corazón abiertos, (de los primeros me consta, pero del segundo, no).

MI ilusión fué completa: aquí —pensé— encuentro lo que me hace falta. Este sabio es mi salvación, y si no, estoy perdido; porque el Director es todo un hombre de palabra, y si hoy, no echo un párrafo, no me da ni un centavo para pasar la semana.

LA de mi amigo, era una pieza grande, con muchos cuadros, anaqueles, en los que los libros estaban en rigurosa fila, como soldados veteranos; sillas, sillones y silletas; en fin, un estudio á la *negligé*. A cada momento creía que estaba en plena biblioteca—museo del bri-

llante autor de Salambó, y atisbaba si detrás de una raída cortina azul, cuchicheaban los íntimos del dueño de casa: Daudet, Zola, los hermanos Goncourt, Taine, y el obispo laico que se llama Ernesto Renán. Pero á ninguno de éstos ví, y como el ilustre manchego, quise consolarme con la idea de que un genio enemigo, envidioso de mi dicha, me hacía agua la aventura. ¡Qué de choques de opiniones! ¡qué de frases peregrinas! ¡qué de conocimientos nuevos! esperé en vano oír allí, á lá hora melancólica en que *el sol se hunde con estrépito en el ocaso*, (así lo asegura un viejo que lo ha visto: Cornelio Tácito) y á través de las ventanas entran los últimos rayos y los últimos perfumes del día

ROTAS las alas de oro de la esperanza, y con más gana de volverme á mi pobre mesa de redacción, que de permanecer con mi camarada, pugnaba to-

~ ~ ~ ~ ~

davía entre lo uno y lo otro, mas, vino á decidirme por lo primero—en buena hora—la vanidad de no dejar tan sin más ni más llevar la victoria por la desgracia. Con acento de reconcentrado dolor me dirigí á mi amigo, balbuceando estas palabras: «Tú eres el hombre que por el esfuerzo de su robusto brazo, puede sacarme del pavoroso abismo de la desesperación. Se me ha agotado el chirumen por hoy, á consecuencia de haber sufrido los cálidos resplandores del luciente Febo, y es mi deseo que llenes de tu caudal las exhaustas bodegas de mi imaginación; porque si no llevo algo pensado por tí, carísimo Juan, mi ruina será inevitable. Date prisa, *no perdones la espuela* al generoso corcel de tu ingenio, que el tiempo es crudo, y según me refirió el bondadoso cajista, que *parará* este articulillo, ya las *negras hijas de Cadmó* están sedientas del *otíope licor* que es su delicia».

~~~~~

MI presunto redentor quedó estupefacto al ver irme de todas con este modernista discurso; pero en el acto reaccionó y con la mayor sangre fría del mundo me dijo: «No te puedo servir, amigo mío, y lo siento, porque acaba de dar á luz mi esposa un niño, que parece hecho en la turquesa de los ángeles, y no estoy para literaturas. Anda y dile á tu exigente patrón, que se venga por acá para echar los tres una cana al aire».

EN un santiamén estuve de regreso en la oficina y puse á mi Jefe al tanto de lo que pasaba, y admitida que fué por él la invitación de Juanito Cerote, poeta decadente, pero sin aspiraciones, nos lanzamos con ato y garabato á celebrar el nacimiento del infante, en cuyo jolgorio he estado como en mi verdadero *centro de gravedad*. . . . .

Mayo de 1906.

## De mis lecturas

(Escrito en un ejemplar de "Los Trofeos")



Es el célebre artífice del  
Soneto.

DE las eternas canteras de  
Grecia sacó el mármol pentéli-  
co para sus divinos templos de  
catorce columnas.

Lo que queda de él es mu-  
cho en poco. Un libro! Libro  
admirable y sereno que vivirá  
siempre, porque sobre sus pági-  
nas no corre el viento de la tie-  
rra, cálido é insalubre, sino el

aura blanda y sana de la vida sagrada del Olimpo.

MEDALLAS, bajos relieves, estatuetas, logias, he allí su obra llevada á cabo con pasión de artista. El canto no le arrebató el numen, por eso no fué de los múltiparos de la literatura. Cincelaba piezas perfectas de orfebrería, que son el esfuerzo más grande de la palabra por convertirse en objeto precioso.

EL suave agenjo verleniano y el fuerte amargo de Baudelaire, no son más puros y deliciosos que el noble vino de Heredia, que gana calidades envejeciendo. Esa copa áurea no debe apartarse de los labios, porque produce la embriaguez griega.

LA capacidad de admirar es toda la fuerza del crítico; pero ahora no estudio los acabados sonetos de «Los Trofeos», sólo los contemplo como si fueran lindas joyas del cofre

de esa opulenta reina que se llama Métrica Francesa Parnasiana.

¡QUÉ arte tan adorable el de Heredia! Sus versos no son hechos en el molde de la cursilería literaria que deshonra la poesía moderna; en esta rica colección cada palabra se cuida como la faceta de una piedra inestimable, como una vena de nácar, como una de esas casi inasibles películas de esmalte que embellecen un anillo de oro bruñido. Heredia es del mismo gusto plástico que aquel personaje de Gautier, que enamorado perdido de lo firme y escultural, soñaba cuadros que parecieran bajo-relieves de colores; por esto su genio poético es netamente peculiar de él, y la imitación de sus formas resulta, por lo general, débil é inadecuada.

Sé que ha muerto este soberano artista y que sus despojos reposan en el Cementerio

de Rouen; y si algún día la ola de la vida me arrastra por las grandes capitales de Europa, ofrézcoles á los manes de tan alto poeta, visitar su túmulo de aeda y leer sentado sobre la lápida los versos de este libro de hojas de mármol que parece descubierto en la vía Appia, el mismo día en que unos rústicos obreros lombardos hallaron la estatua de la belleza eterna. . . . .

(En las páginas en blanco de «Las Flores del Mal»)

BAUDELAIRE es él tipo acabado del poeta caballero y el más notable de los *simbolistas* franceses. Odiaba lo ridículo, burgués y sucio; y si en su ramo opulento de *flores del mal* hay algunas extrañas, de colores metálicos y perfume acre, cuyo cáliz, en lugar de rocío, contiene amargas lágrimas ó gotas de veneno, es porque no

crecen otras en el fango pútrido de las calles de la gran Ciudad. . . .

BAUDELAIRE gustaba más de los productos mórbidos de la floresta tropical, caliente, lujosa y vivamente colorida, que de los románticos rinconcitos campestres tapizados de rosas y violetas y henchidos de jilgueros. Su genio poético era aristocrático y masculino; y sólo bajó á lo cloaca repugnante y malsana, para reconocer mejor sus ponzoñas y denunciarlas á la sociedad decrépita y enferma en que vivía.

ADORO sus versos y me encanta su persona. Nadie como él ha cantado á los perfumes. Es sin duda el único que ha tenido esta idea simpática, pues todos se contentan con que figuren en sus versos, la luz, el color, la música, el vino, pero casi nunca derraman en ellos la gota de esencia fina con que Baudelaire, *gentleman* irreprochable, humedecía la batista de

su pañuelo. Cuando abro cualquiera de sus libros, me creo penetrar en su cuarto de poeta joven y de elegante, donde sobre una mesita de ébano se encuentra un frasco de heliotropo, y sobre un sillón de damasco granate, un blando chal de cachemira, dejado negligentemente allí, tal vez por la dueño de esa hermosa cabellera negra que él ofrecía sembrar de perlas y rubíes!

EL vulgo habla de su pasión fatal por el haschids, pero jamás de su talento. Baudelaire pertenece á la clase de las *almas sagradas* que vienen al mundo con la vocación del martirio, destinadas al altar, víctimas sacrificadas por una providencia diabólica!

BAUDELAIRE adoró toda su vida el ideal negro encarnado en los vigorosos miembros de una bella malabaresa. En sus brazos ardientes palpitaba de férvida pasión todo el organismo impresionable y eléctrico.

---

del poeta que, cansado pero no harto de sensaciones, pasaba de las enervantes caricias de su amada á los muelles divanes del Hotel Pímodan á soñar en los *paraísos artificiales* del ópio. Y murió joven como Chenier y Poe, como ambos llena la mente de «algo» sublime, pero con el pecho ulcerado por las mordeduras de los áspides de la envidia.





## MUSICA

PLATÓN ha definido así la naturaleza de la música: «No se debe juzgar de la música por el placer, ni preferir aquella que sólo tenga á éste por objeto, sino la que contiene en sí mismo la semejanza de lo hermoso». Esta hermana de la poesía con sólo *siete voces* recorre los encantados dominios del ideal, y deja por todas partes cuanto puede desear la imaginación más ardiente y la sensibilidad más exquisita.

SUS tonos son variadísimos. Grave y solemne, produce las severas armonías que repercuten en la bóveda del templo, y que poseídos de estupor escuchamos en la Misa de Requiem de Mozart; tierna y apasionada, imita los dulces transportes del amor, tal como los escuchamos en Norma; majestuosa y entusiasta, canta las proezas de los héroes y los conduce á la inmortalidad; en una palabra, por medio de misteriosas evoluciones cautiva, embelesa, arrastra la voluntad y sumerge el espíritu en inefables meditaciones.

¿QUÉ significan esas fusas y corcheas que con fecunda y expresiva elocuencia escribieron las plumas de Bellini y Donizetti? Son los símbolos de la música, sus caracteres divinos que se traducen al oído en aires de rítmica melodía, para regalarnos con esa aérea somnolencia, que es el más íntimo y y celestial regocijo que se puede gozar en la tierra.

---

Todo hombre canta; pero sólo á los músicos, á estos semidioses del arte, les es dado despertar en el alma dolores y alegrías inexplicables. Yo creo que son los verdaderos poetas; es más, pienso que por el mágico poder que tienen sobre el ánimo, son los únicos poetas del alma humana.

LA música servía en la antigüedad para civilizar el espíritu salvaje del hombre sepultado en el fondo de los bosques; hasta esos laberintos de árboles seculares ha penetrado su poderoso hechizo, derramando en el pecho bravío del hombre de la naturaleza, la paz y la luz; y si queremos todavía llevar su influencia hasta el reptil que barre el polvo de la tierra, allí por medio de suaves acordes la veremos á esta férvida hija de la sensación, ostentando un poder sobrenatural, extender sus alas transparentes sobre el bruto, subyugar su ira y dejarlo

inmóvil en la actitud de la atención y del placer.

¡MÚSICA! voz de la naturaleza, blanda seductora influencia, nada eleva más el ánimo que tus indescriptibles acentos que brotan como centellas inflamadas de una nube gigantesca: la pasión. Cuando el espíritu necesita exaltarse hasta Dios, se vuela hacia tí, y entonces envuelto en una tromba de melodías angélicas, lo transportas al cielo, que se abre como un inmenso lirio azul salpicado de rocío . . . . .



# JORGE ISAAC

(Para su corona de poeta)

Tú eres la copa de las Musas bellas,  
La copa en que sus versos depositan.

*Pándaro.*

COMO casi todos los patriotas colombianos fué poeta y luchador: poeta de estro sensitivo, verdadero cisne del Eúrotas; luchador incorruptible de la madera de los que en Esparta preferían la muerte á la traición.

JORGE Isaac, ungido con el óleo del dolor, bajó al sepul-

cro devorado por un amor vivísimo: el de la libertad, desapareció de los encantados dominios de la patria, pero despidiendo claridades de astro, arrojando su excelso nombre á la posteridad que se lo reclamaba, y sintiendo en las espaldas algo así como caricias de alas que brotan. . . . .

GENIO de la tristeza, lo llama Turcios. Vió primero llegar las blancas mariposas del amor para después sentir el fúnebre aleteo del *ave negra* de la desesperación. Soñador que ha guardado dentro del alma un culto, una flor y una esperanza; Efraín que derrama lágrimas de pesar sobre las sedenas trenzas de María, y vuelve inmortal á esa mujer divina en un solo libro, página doliente de su juventud, idilio delicioso que pocos pueden comprender y sentir.

MARÍA, es sin duda, la obra que más honra al cantor del Zabaletas. Ese poético latido

---

del corazón que compendia todos los sentimientos, todas las grandezas de un espíritu luminoso, es la corona de oro que tejieron las Musas para la frente de Isaac, la más bella recompensa de sus faenas literarias.

ESTE gran poeta, esta alondra melancólica que al abandonar la tierra exhala un grito de dolor, ha llevado una vida digna, una vida que no es más blanca en las creaciones de su genio. Jamás novelista alguno ha conseguido los triunfos de Isaac. ¿A quién no han conmovido los íntimos delirios de su alma, tan noble y candorosa como ideal y enamorada? ¿Qué pecho no ha temblado de amor sobre las tiernas páginas de *María*? ¡Feliz cerebro el que concibió poema tan hermoso! Felices los seres que á este postrer esfuerzo de la delicadeza humana, derraman lágrimas de admiración sobre el libro escrito para re-

cogerlas; pero más dichoso el suelo que ha visto nacer hombres como Isaac, que son orgullo de la patria y templos vivos de su libertad.

Los immaculados son pocos, mientras los perversos están destinados á la supervivencia; pero en medio de esta fugaz prosperidad, aunque se escondan detrás de un muro de bronce, como el Caín de la leyenda lugiana, siempre el ojo de la sanción popular, estará mirándolos fijamente, atormentándoles la conciencia con la imagen de sus crímenes y royéndoles sus entrañas de precitos.

PERO como este artículo tiene sólo por objeto honrar la memoria del literato caucano, acabaré la humilde ofrenda de mi entusiasmo, llamando la atención de la juventud que se levanta vigorosa y luchadora, hacia las acciones del escritor que consagró su pluma á la causa de los pueblos y la esgrimió contra los déspotas y

---

advenedizos. La libertad literaria es hija de la libertad política, y mientras ésta viva conculcada aquella será un mito. A la nueva generación, á esa aurora de esperanzas, le cumple independizar las Letras del salario del poder; la autoridad civil no debe tomar en el culto de ellas una parte que no le corresponde: el santuario de las Musas es inviolable y no se puede entrar en él sin haberse purificado antes en olas de gloria. . . . .





## AGUA FUERTE



EL sol canicular es sofocante. Volney camina con paso seguro por los vastos arenales. Su corazón de sabio y de héroe es superior á todo: al fuego de la atmósfera, á la sed más devoradora, al cansancio, á la muerte. En su cerebro, como en vívido crisol, bulle y fulge una idea grandiosa: animar las desoladas *Ruinas de Palmira*.

DERREPENTE gritos furiosos, á corta distancia, asordan la inmensa bóveda hecha as-

cuas. Son los chacales. Volney los mira con impavidez.

PARADOS sobre una rota columna que cubre el polvo de los siglos, están dos chacales de agudo hocico y ágiles miembros: súbito temblor conmueve su piel negra y brillante. Han corrido mucho en pos de una presa que les arrebató un valiente león; sudan y acesan: están trasijados.

Los escombros van á ser mudos testigos del duelo terrible entre el hombre y la bestia. Los chacales rompen de nuevo á aullar; la figura de Volney acrecienta su frustrada hambre; pero el viajero se prepara con sereno valor á la defensa. . . . . Los disparos fueron certeros: ambos chacales se revuelcan ya en los estertores de la agonía, espumean los borbollones de sangre al correr por la árida tierra: venció el Genio, gloria á la Ciencia!

NUTRIDA la mente de altos

---

ideales y fuerte el pecho, regresó Volney á la patria cuando se estremecía en la gran crisis de vida del 89. La fama de sus talentos lo llevó á ocupar una curul en la admirable Asamblea Nacional, y en tan elevada situación siempre se condujo como un varón sabio y animoso. La ola cantante de las pasiones corrió junto á él sin salpicarle. . . . .

¿Al ver las tremendas venganzas «de la humilde posteridad de los vencidos sobre los fieros descendientes de los conquistadores», (1) no recordaría Volney su encuentro con los chacales del desierto? ¿Su espíritu observador é independiente, qué pensaría de los hombres y de las fieras. . . . . ?



---

(1).—Palabras del señor Barentín, guarda-sellos de Luis XVI.



# Ecuador y Chile



Pueblos, daos las manos!

*Beranger.*

SON hermanos que se quieren y respetan. Su porvenir descansa sobre la sólida base de su honor y de su energía. De la mano, como los hijos de Niobe, avanzan con seguro paso hacia el tabor de las naciones libres: el Progreso, que es la más alta prueba de la vida fecunda y activa de los pueblos.

EN Chile, hay Pérez, Co-

barrubias, Prats, Balmacedas, y sobre todo, *chilenos*. Su famoso valle de Arauco produce, en lujosa floración, esos grandes caracteres que prevalecen por el valor y el patriotismo. En el Ecuador, en mi amada patria, base de oro de la mole diamantina de los Andes, sus genios tienen el poder caudal del cóndor de su escudo de armas, que desde la histórica eminencia pasea su ardiente mirada sin descubrir en las demás cúspides, otra ala que pueda disputarle el imperio de los aires. En Chile y en el Ecuador, los cerebros piensan como el sol irradia la luz, y los corazones, como el océano, cantan himnos enérgicos á la libertad y á la concordia, ó rugen en sordas borrascas contra la opresión y la perfidia.

EL Ecuador fué el primero en lanzar su vibrante voz de protesta contra la ominosa dominación española; sus héroes, verdaderos gigantes de la le-

yenda orfética, hicieron la guerra á montañazos: el Derecho estaba inerme, pidió á la Naturaleza su fuerte concurso y aceptó el combate para vencer. Chile fué también el primero en experimentar las venganzas de la reconquista, pero se alzó soberbio y resuelto, y echó fuera á su injusto agresor. La América sonrió agradecida á esa nacioncilla de bravos que se batía casi con las manos y se defendía hasta con los dientes. Al dar puerto las poderosas fragatas españolas en las indefensas costas chilenas, creyeron habérselas con los miserables bárbaros de su expedición á Marruecos, pero la desilusión fué completa, porque en Chile, como en el Ecuador y otras gallardas comarcas del Nuevo Mundo, habitan griegos del tiempo de Milciades que desprecian la muerte y adoran la libertad.

Es dar un gran ejemplo de fraternidad amarse dos pueblos.

Entre el Ecuador y Chile hay perfecta armonía, durable unión; por eso ambos países van resueltamente por el camino de la luz, que es el de la concordia, y de este modo llegarán á la magna realización: en sus respectivos territorios no habrá extranjeros y todos serán compatriotas. Esta noble conducta me hace recordar la hermosa poesía de Schiller, en que Júpiter dice á los hombres: «Tomaos el mundo y vuestro sea eternamente, como herencia: pero partidlo entre vosotros como hermanos». Hermanos sois, ecuatorianos y chilenos, por la raza, la tradición y la gloria; delante de vosotros hay una puerta abierta; encima de ella están escritas estas dos palabras: *Honor y Amistad*. Pasad los primeros, pueblos unidos, que esa puerta es el arco de triunfo del progreso y sois dignos de franquearla. Más allá está el Poder.

LA impotencia hipócrita acurrucada en la sombra caliginosa de su vergüenza, atisba constantemente la oportunidad de sorprender al valor confiado y generoso; pero si éste llega á advertirse de la felonía, huye mohina dando alaridos de terror. Así, les sucede á Chile y al Ecuador con sus adversarios: las dos naciones viven felices ocupándose en acrecentar su prosperidad, desarrollando las fuerzas más fructuosas de su energía social, pero el enemigo con el miedo en el corazón y el despecho en el rostro, se afana en preparar una revancha que hacen imposible el derecho y la fuerza. Seguid, patriotas ilustres de Atahualpa y de Lautaro, en vuestra labor civilizadora, que siempre, en último resultado, vuestro será el triunfo por la paz que dé á la América días de bienestar y grandeza.

No ha faltado quien diga, sin duda por vengar así pa-

sados agravios, que la sincera amistad que une á los pueblos del Ecuador y Chile en un lazo de solidaridad indestructible, no es hija de los nobles sentimientos de ambas naciones, sino de un sórdido interés personal, de su ambición, de su mala fe púnica. Esta injusta apreciación que sólo puede provenir del odio, no consigue sustentarse mucho tiempo, si con criterio sagaz é imparcial se examinan los anales de Chile y del Ecuador, que como dijo un notable escritor de esta República, están llenas sus páginas de reiteradas pruebas de afecto mutuo y de mutuas glorias. Prosiga la ruín envidia en pretender deshonar ante el Continente á estos dos pueblos; prosiga también sin escrúpulo en introducir la cizaña entre ellos, que ni la América les retirará su aprecio ni las fraternales relaciones que cultivan se interrumpirán jamás. Cuando la amistad descansa so-

bre el respeto es perdurable!

HE observado que el 10 de Agosto se celebra en Chile con entusiasmo delirante, por la clase obrera; y que en el Ecuador, esa misma generosa y activa porción de la sociedad, solemniza frenéticamente el 18 de Setiembre. ¿Qué quiere decir esto?—Que el afecto de ambos pueblos es leal y grande, porque ha conseguido arraigarse en el pecho del Artesano, que desconoce el engaño y se abre con franqueza á las suaves expansiones del cariño.

*Pueblos daos las manos.* Sed libres y unidos para ser fuertes. Sólo así realizaréis los prósperos destinos que os están señalados! Vuestra amistad es una diosa cuyos principales emblemas son: el Cóndor, símbolo del poder, y la Estrella Solitaria, heraldo luminoso del Progreso moderno!



## Voces de Ultra--Tumba.



*Al encontrar este manuscrito entre los papeles de un joven suicida, no quise privar al bello sexo de su lectura, y decidí publicarlo. Léalo, pues, con detención, que dos cuadros á la par reales é instructivos, conmoverán su alma poética: el de los extravíos de la belleza cuando no está dirigida por un sólido amor á la virtud, y el de las amarguras de un corazón, víctima de los rigores de la suerte. Morir por otro es sublime: es repetir el sacrificio.*

*del Galileo en esa Cruz moral  
de angustias supremas que se  
llama Amor. ¡Respeto y cari-  
ño á la tumba del suicida!*

---

La mujer es un manjar  
destinado para los dió-  
ses, cuando no lo guisan  
los diablos.

*Shakespeare.*

## I

SUSANA se llamaba, hermo-  
so nombre que aún hace estre-  
mecer dulcemente mi corazón,  
sin embargo de ser la causa de  
mi infortunio. La conocí pa-  
ra mi tormento, y loco de amor  
por ella, puse en sus manos mi  
honor, sin presentir el fin trá-  
gico que me amenazaba. ¡Su-  
sana mía, cuánto te quise y  
cuánto te quiero!

UNA luna de miel comenzó  
para mí desde el momento en  
que la conocí: siempre tierna  
y melancólica, siempre llena  
de embelesos; jamás pensé que

podieran borrarse de su memoria los coloquios de amor y las horas de alegría en que fuimos tan felices. La entregué mi nombrè, mis riquezas, todo; pero ella no me dió su alma, no respetó su juramento . . . .

UNA noche, en medio de las suaves fruiciones del tálamo, cuando mis labios, cansados pero no satisfechos de las caricias de los tuyos, enmudecían por efecto de un blando sopor; cuando mi cabeza llena de ilusiones brillantes, se inclinaba confiadamente sobre tu pecho ¡ay Susana! derramaste sobre ella el narcótico que sirvió para que, huyendo de tu esposo fueras á abandonarte en los brazos adúlteros de un amante.

EN el reloj de la cámara sonaba las dos de la madrugada: ¡hora fatal en que me dí cuenta de mi baldón, te maldigo, en nombre de todos los desgraciados de la tierra! Desperté con sobresalto, y mi primer impulso fué extender el brazo á

un lado y á otro del lecho, sin que lograra hallarte, sin que mi mano acariciara tus formas, más blancas que la nieve y más tersas que "cincelada efigie de alabastro": estaba desierto, frío el sitio que de costumbre ocupabas. Susana, grité con todas mis fuerzas, dónde estás?

EL eco, y no tu voz de arrullo, me contestó! . . . después hasta que rió el sol en mis balcones, no sé qué pasó por mí ser: *sólo recuerdo que en aquella noche envejecí . . .*

INSOMNE, nervioso, permanecí en el ya manchado tálamo toda la noche: ¿en qué pensaba?—Dios lo sabe! Oreyéndome todavía aletargado, volviste con cautela al que fué casto nido de nuestros corazones, donde yo afectaba dormir para no descubrirte mi afrenta . . . . A mi diestra sonriente, bellísima, gentil, te estremeceías en un sueño que antes hubiera creído efecto de tu

naturaleza sensitiva, apasionada, eléctrica: el engaño era perfecto. ¿En qué escuela de corrupción aprendiste á fingir; cuándo se extinguió en tu mente la luz de la razón; por qué me deshonoras, mujer infame? ¿Tu hermosura es la causa de tu crimen? Te desprecio, flor inodora, vil mercancía. . . Incorporado en el lecho, me puse á contemplarte, á leer en tu frente el inri de la infidelidad: tus trenzas en seductor desorden; tu bata apenas cerrada con elegante descuido dejaba ver un seno alto y mórbido en que había hincado su diente el áspid de la lujuria; con muelle indolencia descubrías unos brazos que serían envidia de Fornarina: ¡qué divina estabas, Susanna! eras la estatua de la coquetería, mi Venus, mi ideal caído, y cada momento me parecías más encantadora, más irresistiblemente voluptuosa.

BAJO el fuego de mis ojos abriste los negros tuyos, y con

un movimiento de serpiente enlazaste mi cuello con tus brazos, haciéndome sentir el contacto de tus miembros de rosa.—Amor, me dijiste ¿qué tienes? ¿has dormido bien? ¿alguna pena te aflige?—Sí, ingrata, te debí responder, pero me anonadó tu falta y con visible enojo te contesté: «no sé lo que me duele, lo que me entristece, lo que me abrumba; veneno creo que es lo que circula hoy por mis venas: sabes quién me lo ha dado, Susana?» Iba á continuar hablando, cuando me sellaste la boca con uno de esos besos cuyas delicias son capaces de hacerme olvidar que existo. . .

¡DIOS eterno, si no me hubieras tratado con tanta crueldad, ella me habría querido! No blasfemo, pienso; no te insulto, me quejo. Cuando la vida es una espesa tiniebla de males, el hombre tiene derecho á salir á la luz por el suicidio. . .  
¡Epheta!!

¡OH delirio y flaqueza humanos! El sentimiento de la felicidad entonetece al espíritu más sereno . . . Milton y Tasso, vates inmortales, venid en mi ayuda para que pueda pintar con las delicadas tintas que empleasteis en vuestros mágicos jardines de Eva y de Armida, el cuadro de mi soñada dicha . . . Veía á Susana, madre amante y feliz, rodeada de dos preciosos niños, á quienes yo prodigaba mil caricias con toda la efusión del amor paternal. Luego, los paseos en las frescas alboradas de estío, las dulces veladas del invierno en que leeríamos con entusiasmo nuestros libros favoritos: *La Reina de las Hadas* y los versos de Musset; las excursiones campestres nos habrían proporcionado nuevos goces, pues me has dicho más de una vez, que tu espíritu se embelesa con las flores, las aves y las fuentes, con las risueñas perspectivas de nuestras fértiles tierras. Juntos habríamos ido

á la cabaña del pobre á enjugar sus lágrimas; juntos estaríamos en todas las situaciones, prósperas ó adversas; y en la hora terrible, al despedirse el uno del otro, tú, cerrarías mis ojos, ó yo recibiría el último suspiro de tu pecho. Estas inocentes imágenes me obsesionaron hasta la noche fatal en que me sentí herido de muerte por tu traición, y desde entonces el tedio de la vida me oprime y desconcierta.

¡VIVIR! ¿para qué? Para sufrir el desprecio de los hombres; para verte, angelical Susana, en poder de otros brazos, que lujúriosos te oprimen en bronca manera, hasta hacerte exhalar hondos quejidos; vivir para ser el blanco de las saetas envenenadas de mis enemigos; vivir para vergüenza de mi hijo, es imposible en quien lleva su locura hasta el punto de amarte á pesar de tu felonía. Moriré, moriré lejos de tí, en una soledad que me recuerda

la del infortunado Silvio Pellico: tú, no supiste estimar mi afecto y has creído que podías ofenderme impunemente. No te mato, porque eres irresponsable; tu carne rebelde, tu ignorancia, son los motivos que te eximen de mi sanción. . .

¡VIVIR! . . . No, ingrata el Mundo ya no me atrae con sus falsas pompas . . . Podía acudir á la Ley para que castigara tu delito, pero sus ministros no me inspiran confianza, y me resigno á devorar en silencio mi afrenta. Condenar á una beldad es tarea superior á la justicia humana, ha dicho Rousseau.

## II

MI Alberto . . . ! hijo del alma: conoces á tu padre, á ese ser capaz del sacrificio porque te conserves sano, hermoso y aseado? Si vuelvo á oír, antes de que me hunda en la tumba, tus dulcísimos gorgeos, voy

á desear la vida para consagrarla á tu educación, para arrobarme con tus gracias celestiales, para abandonar á tu inocente capricho los gruesos tomos de mi biblioteca, cuyas láminas te encantán. Ay! Alberto, si yo fuera tan dichoso que pudiese conversar contigo á solas, lejos de las miradas funestas de tu madre; si alguna vez vinieras á iluminar de alegría las tenebrosidades de mi mazmorra, la existencia talvez recobraría á mis ojos sus perdidos hechizos. Mi tierno hijo, adiós! Rayo de Abril, astro de paz, quiera Dios que tus suaves esplendores no se extingan nunca! ¡Qué triste me es desaparecer sin haberte conocido!

Y tú, hermosísima Susana, por qué sofocas en el alma de ese serafinillo el cariño que me debe? La naturaleza protesta de tu nuevo crimen, y te condena á sufrir la ley del talión . . . .

No, Alberto, ama y honra á esa mujer que es tu madre,

oye mi voz de ultratumba.

ADIÓS ilusiones, adiós errores, adiós hijo adorado y adiós Sus . . . . Tábío imprudente, calla: apura tu cáliz sin debilidad . . . . Amor, noches estrelladas, aspiraciones legítimas de esposo, fulgor de pupilas negras, broches arrancados con dulce violencia, formas que palpitan bajo el ropaje de novia, ventura que se apaga como una lámpara de plata . . . . desapareced en el siniestro fognazo de mi pistola, abandonad esta cabeza que pronto se desplomará sangrienta sobre las piedras . . .

*Juan Alberto Salas.*

---

*Así terminaba el manuscrito: la letra era casi ininteligible; había muchos espacios vacíos sombreados por gotas de lágrimas ya secas; el papel estaba ajado como si lo hubieran oprimido unos puños nerviosos, y el sobre que lo guardaba, des-*

---

*pedía un olor penetrante á jazmines.*

*Anda, triste documento, á convencer de su flaqueza é injusticia á los que, como Salas, abandonan la vida por faltas de mujer; anda, hoja arrancada de un árbol joven, pero mustio por el soplo helado del dolor, á pregonar que las lágrimas son el brebaje amargo de la infeliz y no escarmentada prole de Adán; anda, anda....*



# La pantera negra

(Des «Poèmes Barbares» de Leconte de Lisle)



EN rósea luz aparece bañado el cielo; el horizonte se engalana con finos encajes luminosos, y del magnífico collar de la Noche se desgranán hermosas perlas que caen al mar.



HACIA un rincón del firmamento tiemblan delicadas flamas, como adheridas por invisible broche á la comba brillante del Azur.



---

EL céfiro despierta con sus alas á los gentiles bambúes, y sobre las pomas de púrpura y las hojas de canelo, espumea el rocío en glóbulos de oro.

---

EN los bosques y collados, sobre las flores y el tupido musgo; en el aire tibio y sutil, que parece desenvolver sus pliegues sonoros, circula muelle onda de penetrante olor, cargada de fiebres de voluptuosidad.

---

POR los ignorados senderos de las vírgenes florestas, donde la grama espesa humea al beso del sol de la mañana; por las extensas márgenes del río y bajo sus verdes y antiguos arcos, aparece la reina de Java, la negra cazadora que regresa con el alba al cubil amado, donde sus cachorros descansan hacinados y maullan de angustia en medio

---

de un montón de pulidos huesos.

---

NERVIOSA y con los ojos aguzados y ardientes como dardos, más que camina, ondu-la espiondo entre la sombra de los intrincados jarales. Algunas manchas de sangre, todavía frescas, esparcidas aquí y allá, humedecen su piel de terciopelo. Viene arrastrando un resto de su presa, de un gallardo ciervo que cazó por la noche, y sobre el musgo florido la sigue espantosa huella roja aún caliente.

---

MARIPOSAS y abejas voraces hieren á porfía sus lomos anchos y flexibles, mientras que el alegre y joyante follaje de la umbría, le ofrenda el perfume de sus mil canastillos de colores, que parecen verse bajo los rudos pasos de la bestia.

EL Pitón enroscado en un

gigantesco cactus escarlata, desarrolla sus escamosas espirales, y con curioso temor, debajo de las foglias, hiergue su cabeza chata y mira pasar á lo lejos á la ágil cazadora, que se desliza en silencio y desaparece luego por una calle de perfiladas higueras..... Cesa el ruido de sus zarpas, la atmósfera es una ascua, y bajo la inmensa cratera solar se adormecen el cielo y la floresta.



# Lola



(A Pedro M. Serrano)

El mayor monstruo los celos.

*Calderón.*

LA laguna ofrecía la apariencia de un espejo, y en su seno azul y voluptuoso titilaban fosforescencias intermitentes.

EN la orilla se balanceaba una góndola semejante á un hermoso cisne negro. Me embarqué en ella y disfruté de un ameno paseo, que me hizo recordar el que describe

Verlaine en una de sus lindas poesías. El aroma de las flores, los trinos de las aves, el enjambre multicoloro de las mariposas, impresionaban agradablemente mi ánimo.

DEJÉ la góndola y regresé á tierra. Un estremecimiento en el cercano bosquecillo de arrayanes, me indicó que yo sólo no gozaba del magnífico espectáculo de este elíseo en miniatura. En efecto, por una calle plantada de frondosos naranjos venía una pareja de jóvenes amantes, como dos palomas que el deseo excita y arrastra por el caldeado horizonte de una hermosa tarde de estío. En este momento la luna vertía su luz de plata sobre el agua somnolienta de la laguna, y el surtidor de jaspe salpicaba con su chorro sonoro la estatua de un viejo fauno riente.

ERAN Paco Goll y Lola su amante. Jamás he visto mujer tan sugestiva ni á quien embe-

llecieran más los desmayos de la pasión. Una cofia de alas blancas y un vestido de angosto calzón azul eran todo el arreo de esta diosa de la soledad de ojos verdes y de formas ondulantes como los anillos de una culebra. Venía enlazada á un gallardo mancebo, que le prodigaba las más ardientes caricias y era el tipo acabado del varón animoso y galante. Una orquesta de mirlos los saludó con el himno entusiasta del amor feliz, que tiene por lecho el seno amplio, fecundo y misterioso de la Naturaleza, y por dosel, el palio estrellado de la Noche.

Los amantes tomaron la góndola, que al navegar dejaba tras sí una estela de menudos cristales de oro; el lucero vespertino derramaba sobre las olas su resplandor frío, las gaviotas huían hacia la playa y un perfume incitante de jazmines era el ambiente de esta hora.

DE improviso se alza un canto dulce y sentido, que parece

ser de la sirena que habita las grutas de coral de la laguna. . .  
¿Qué decían esas divinas estrofas?—Era el final de Norma, la melodía sublime que entonan al despedirse de la vida todas las amadas infelices, la traducción rítmica del sueño de un ensueño que es el último que ilumina la pupila con claridades aurorales. La embarcación continuaba avanzando suavemente y los cielos bruñendo con sus blancas luces el lomo enarcado de las ondas.

¿HAY algo más horrible — pensaba Lola — que amar á un hombre casado? . . .

Y hubo en esta amarga y silenciosa meditación de su cerebro enloquecido por los celos, una pausa que parecía responder al impasible mutismo del firmamento en calma.

BAJO la cálida y fragante atmósfera de aquella noche, Lola sentía que su amor se agigantaba, pero que sus ma-

---

las pasiones la herían en el alma cual una daga envenenada. Veía á Paco alegre, enamorado y vigoroso, descansando en los brazos de su mujer legítima, y el odio teñía con su bermellón de fuego la piel color de hortensia de las mejillas de Lola. . . . . Ella, que abandonó á sus padres para lanzarse en la sima de la mancebía; ella, que dejó de ser honrada por merecer el nombre que el pérfido dió luego á una mujer insensible y avara; ella, que era indiscutiblemente superior por el talento, la hermosura, el amor y la resignación, ella debía ser criminal ó mártir. . . . ¿Qué podría sosegar su espíritu? . . . . Una idea cruzó de pronto por su frente; una idea aterradora, cruel, espeluznante como el zig-zag de una arma blanca; y más fuerte que el crimen y cada instante más apasionadamente heroica, se resolvió á morir para que esa mujer funesta viviera, y el

ídolo de su corazón, su Paco, sea feliz.

PACO Goll, sentado sobre el banco cubierto de elegante tela de damasco granate, remaba con gentileza: se había quitado la camisa, y bajo la rica camiseta de seda celeste, temblaban sus robustos y ágiles músculos de *sportman*. Estaba sonriente y parecía extasiarse en la gentil y atractiva hermosura de su querida.

LOLA se ostentaba admirable. Tenía el rostro pálido y una sombra de vaga tristeza poetizaba de tímido encanto sus labios de fresa; sus grandes ojos verdes, velados por sutiles pestañas negras, pensaban mucho en algo desconocido, y bajo el talle esbelto de reina agarena, se dibujaban en curvas amplias y armoniosas sus caderas de mujer sensual, tentadora y salada.

—¿EN qué piensas, adorada mía?—preguntóle Paco.

—EN los astros que nos miran tan contentos—repuso ella.

AL pasar la góndola cerca de un rosal que crecía á la orilla de la laguna, Lola extendió la mano para tomar un gajo de esas lindísimas flores, mas como no pudo llegar hasta ellas, porque en ese momento se apartara un tanto la embarcación, Paco, soltando los remos se lanzó al agua y, rápido como una ave pescadora, llegó á la ribera y tronchó las rosas que deseaba su amada.

—GRACIAS, caballero—le dijo Lola al recibir las flores de las manos húmedas del joven; estas «amables hijas de la tierra» quisiera que renaciesen algún día sobre mi tumba, pero va á ser imposible. . . .

—No seas tontuela, replicóla Paco—déjate de esas impresiones desagradables: si muerte puede haber para un ser como tú, ésa tiene que ser en mis brazos!

—BIEN ¿Volvemos á tierra?

—SI, dulce Lola, á tierra, á ese gran regazo de la Creación, en que han descansado, desde la primera aurora del mundo, todos los amantes venturosos. . .

LA embarcación enderezó su rumbo hacia la playa; Lola cada vez más descolorida é impenetrable, aparentaba no estar preocupada, deshojando pétalos de rosas sobre las linfas de raso verdegay. . . Paco fué el primero en dejar la góndola; pero Lola, subiéndose ligera á la popa y mientras se alejaba de la orilla, decía sollozando á su amante:

—AHORA me voy sola á dar un largo paseo, del cual pueda ser que no regrese, adiós,—y súbitamente se precipitó en las ondas que salpicaron un airón de perlas brillantes. Sus cabellos áureos y mojados fueron lo único que apareció un momento flotando sobre la superficie líquida, que corría man-

---

samente con rumor de olvido....

PACO permanecía absorto en la ribera, como fulminado por un rayo; la luna se elevaba con lentitud en el claro-oscuro del horizonte, y yo, triste espectador de tanto infortunio, salí desesperado de aquella mansión de dolores con aspecto de cielo.





## Pleno Cielo. x x x.

Los pájaros celebran sus fiestas con júbilo inusitado. Mayo es el mes de las sorpresas. Las brisas esparcen sobre la abrasada tierra, frescas emanaciones; los tibios rayos del sol bañan con deficiente luz la verde copa de las palmeras: han pasado ya las horas de calor y las ventanas de mi aposento se hallan abiertas de par en par, dejando salir los perfumes del moribundo día para dar entrada al aura que vaga en torno de mi mata de lilas.

¡CUANDO creía perdida toda esperanza; cuando al impulso de una ráfaga de tempestad se ha apagado la débil luz que alumbra mis noches; cuando ya no hay hojas en mis árboles; cuando tengo una tumba más que la de la víspera; te ofreces á mis ojos, cansados de la sombra, con la dulce melancolía del caer de la tarde y la serena hermosura del lirio que nace á la orilla del lago! ¡Dichoso el hombre que en el Guayas te contempla! ¡Desgraciado el que no puede mirarte en estos sitios!

HAY en el campo días de soledad y de paz que quisiera prolongar por toda mi vida. ¡Cuántas sensaciones plácidas he experimentado en ellos. ¡Es preciso que te lo diga todo, antes que el bullicio de la ciudad borre de mi memoria los tiernos instantes que he pasado en compañía de los bosques y sus sombras. No importa que la rudeza del lenguaje vuelva

---

descoloridas mis ideas; que las escribo bajo diversas impresiones de deleite y sin detenerme para vestir las con los primores de la elocuencia. Son rasgos fugaces que ostenta la casualidad, pero tienen el encanto de la poesía atractiva y fecunda de la Naturaleza, y eso basta.

DEBES saber, dulce amiga, que en la atmósfera de estos lugares tiembla un melodioso susurro producido por los besos que dan los céfiros á las rosas; idílico espectáculo á cuyo influjo compone el vate sus dulces pastorales perfumadas con lirios y claveles, que conservan, como las de Virgilio, la huella del pie de Amarilis y los reflejos de sus ojos azules:

¡QUÉ grato es delirar en presencia de las mágicas bellezas de los campos!

ESE peñasco abrupto, rojo de luz, retrete de mis largas meditaciones; ese arroyo diáfano, murmurante que corre

ignorado por el bosque prodigando el verdor á la hoja que se inclina exhausta del árbol; ese destello que penetra rompiendo las entrañas de la selva, como si fuera un eco de la palabra de Dios; ese éxtasis de todo lo que siente latir la onda de la vida; esa deslumbrante ingenuidad de la creación, rica de belleza; la sublime melancolía del cielo que nos arranca lágrimas tan suaves, cuando las podemos verter en el seno de la mujer amada; la voz desconocida y vibrante que detiene al viajero en el camino, voz que al espirar tiene irradiaciones inteligentes, profecías de virtud de los seres posibles; el amor de la nube, de la planta, de la ola, inexplicable para el hombre que ve formarse sus afectos como de aluvión: todo lo que es grande, puro y brillante, se halla en el campo, donde el alma se siente impulsada en todos los sentidos del progreso, donde los proscritos

---

de la dicha, como pájaros solitarios, ven durante la noche balancearse una gran encina «que tiene la oscuridad en sus raíces y la luz en los ramajes de su copa»: adorémosla, que es la esperanza!

No comprendo por qué el alma atacada del desengaño, busca la paz en la ciudad, donde la trompeta de la fama divulga los más íntimos secretos del corazón, donde los vicios son larvas que se multiplican en el fango y sólo el mal perdura. . . . . Es una aberración inconcebible.

EL dolor arrecia sobre las conciencias apacibles que caminan hacia la luz. Buscar la verdad es suscitar tempestades; sin embargo nos obstinamos en vivir amenazados, pálidos, con la cabeza inclinada sobre el hombro y llevando pintada en el rostro la agonía que produce una intranquilidad de muchos años. Las víctimas del odio no son simpáticas.

EN vano se dice que los varones fuertes son los que padecen mayores tormentos. Desafiarse la mofa del vulgo no es el más excelente título de gloria, y dejar ensangrentadas las zarzas del camino, es sólo un miserable orgullo del sectario que emprende su peregrinación á la opaca luz de la estrella que se vela. Las religiones que prescriben el martirio como un escabel del Paraíso, son las que más alejan al hombre de su destino, y por ello merecen que la razón crítica las relegue al olvido y las desprecie.

ALIVIARNOS de la carga de nuestros males es un deber supremo; busquemos, pues, el descanso de las fatigas diarias por los campos y las playas, por esos lugares extraños á los seres de pasiones mezquinas y los más propios para curar pechos ulcerados por el tedio . . .

*Latacunga, «Quinta Miraflores».—1909.*

# INDICE

---

|                                               | <i>Págs.</i> |
|-----------------------------------------------|--------------|
| Carta-prólogo. . . . .                        | III          |
| María Duplessis . . . . .                     | 1            |
| El Payaso. . . . .                            | 9            |
| Llona . . . . .                               | 15           |
| Las Tristes . . . . .                         | 21           |
| La Pluma. . . . .                             | 29           |
| A Tí. . . . .                                 | 39           |
| Las Cartas. . . . .                           | 43           |
| Día de Difuntos de 1904. .                    | 49           |
| En un libro de Autógrafos.                    | 59           |
| Perla Negra . . . . .                         | 63           |
| ¡A martirio, martirio y me-<br>dio! . . . . . | 75           |
| Nada sobre nada. . . . .                      | 81           |
| De mis lecturas. . . . .                      | 87           |
| Música. . . . .                               | 95           |
| Jorge Isaac . . . . .                         | 99           |
| Agua Fuerte. . . . .                          | 105          |
| Ecuador y Chile. . . . .                      | 109          |
| Voces de Ultra-Tumba. . .                     | 117          |
| La pantera negra . . . . .                    | 129          |
| Lola . . . . .                                | 133          |
| Pleno Cielo. . . . .                          | 143          |